
DOS CORAZONES.
SIN FRENOS.
VICTORYA SERRADA

DOS CORAZONES SIN FRENOS

©Victorya Serrada, abril, 2026

©Todos los derechos reservados

Diseño y composición de portada: VSG

Queda prohibido reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico, electrónico, fotocopia, grabación u otros sin el permiso previo o por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, ni escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio, sin permiso.

Los personajes que aparecen en esta obra son totalmente ficticios. Cualquier parecido con la realidad es solo pura coincidencia. Las opiniones vertidas por los personajes corresponden a su propia experiencia en la historia y deberán juzgarse exclusivamente de esa manera.

SINOPSIS

«Me están amenazando de muerte. Han saboteado los frenos de mi coche»…

Vega solo quería olvidar a su exnovio.

Pero acabó en el lugar equivocado, en el peor momento posible… y encontró a un hombre que no debería existir en su vida.

«Si me mientes, te denuncio».

«Si te digo la verdad, te metes en un problema del que no vas a salir».

Ian no puede volver atrás.

Alguien ha decidido sacarlo de la pista. Para siempre.

Vega no piensa meterse en líos.

Hasta que lo mete en su coche… y arranca sin mirar atrás.

Un piloto de Fórmula 1 con un pasado que no puede contar.

Un depredador que acecha en las sombras.

Y una mujer que no sabe cuándo parar.

Lo que empieza como un favor se convierte en una carrera contrarreloj: persecuciones, balas… y una atracción imposible de ignorar

Porque Ian no solo está huyendo.

Está atrapado.

Si te gusta:

-El romance oscuro con química explosiva

- El suspense de alto voltaje

No te pierdas **Dos corazones sin frenos…**

Porque cuando el peligro se sube a tu coche… frenar ya no es una opción

¿Subes?

ÍNDICE

SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
MIS OTRAS NOVELAS
MIS REDES SOCIALES

«La cosa más difícil es conocernos a nosotros mismos, la más fácil es hablar mal de los demás»

Tales de Mileto

CAPÍTULO 1



EN LA FIESTA

Vega llevaba tres años con Borja.

Tres años sin una sola sorpresa.

Hasta que aquella noche decidió meterle la mano en el culo a otra delante de ella.

Sujetaba la copa de plástico con vino peleón mientras lo observaba bailar pegadísimo a una chica que no llegaba a los veinticinco. La chica reía con esa risa de hiena de quien creía que el jefe de ventas está interesado de verdad.

—Es la becaria —le había dicho él antes de salir de casa—. No te preocupes, es una cría. Solo quiere que le firme el periodo de prueba.

Y Vega, idiota de ella, se lo había creído.

Ahora la cría tenía una mano de Borja en la cadera y otra en el culo. Bailaban como si no hubiera nadie más en la sala, como si ella, la novia oficial, no estuviera a tres metros con una copa de plástico y ganas de estampársela en la cara.

—Tranquila —le susurró Laura—. Si te pones nerviosa, gana él.

—¿Ganar? ¿Esto es una competición?

—Siempre lo es. Pero tú no lo sabías.

Vega apretó la copa. El plástico crujió.

Tres años.

Tres años aguantando a su madre, su obsesión con el brócoli y sus charlas interminables sobre hipotecas. Tres años viendo series que odiaba, yendo los domingos a su casa, escuchándole hablar de sus cosas mientras él jamás preguntaba por las de ella.

Y ahora resultaba que la rara era ella por madrugar para ver los entrenamientos de Fórmula 1.

Borja se giró, la vio y sonrió. Esa sonrisa de «tranquila, no es lo que parece», mientras seguía con la mano en el culo de la becaria.

Vega dejó de respirar un instante.

Pero no se acercó. No le daría ese espectáculo.

En su lugar, dejó la copa en la barra, muy despacio.

—Me voy.

—¿Así? ¿Sin decirle nada?

—¿Para qué? Ya ha dicho todo lo que necesitaba con la mano ahí metida.

Y salió.

No tenía que haber ido a esa puta fiesta de presentación del nuevo jefe de ventas de *Plastic Solutions.* Una empresa que no le sonaba de una mierda.

Atravesó la sala con la cabeza alta, los tacones firmes, el corazón hecho trizas pero la espalda recta. No lloró. Ahora no.

Lloraría luego. En la ducha.

Llegó al pasillo. Giró a la izquierda.

No.

A la derecha.

Daba igual. Solo quería salir de allí, respirar aire que no oliera a perfume oriental ni a porros.

Abrió la primera puerta que encontró.

No era la salida.

Era un cuarto de escobas.

Y dentro había un hombre.

Estaba apoyado contra una estantería metálica, con la camisa desabrochada, el pelo revuelto y una expresión de cabreo absoluto. Cuando la vio, frunció el ceño.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

Vega se quedó quieta en el umbral. La luz del pasillo recortaba su silueta.

El tipo era guapo.

Jodidamente guapo.

Moreno, mandíbula cuadrada, ojos claros que en la penumbra parecían casi grises.

—Perdón —dijo.

Ya iba a salir cuando él habló.

—Espera.

Ella se giró.

Él la miró con tal intensidad que le puso los pelos de punta.

—Tú eras la de la barra. La del vestido verde.

Vega arqueó una ceja.

—¿Perdona?

—No. Es que… parecías a punto de matar a alguien.

—Casi.

Él asintió, como si esa respuesta fuese perfectamente normal. Luego se pasó una mano por la cara.

—Yo también estoy teniendo un día de mierda.

Vega no preguntó. No era su problema.

—Bueno —dijo—. Pues que te vaya bien.

Iba a cerrar la puerta cuando él soltó:

—Me están amenazando de muerte.

Ella se quedó quieta.

Con la mano en el picaporte.

—Claro que sí, guapi.

—Sabotaje. En los frenos. Si no llego a notarlo a tiempo, hoy estaría muerto.

En el pasillo sonaron pasos.

Vega se quedó inmóvil.

El hombre también.

Los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta.

Un segundo. Dos. Luego se alejaron.

Vega soltó el aire y volvió a mirarlo.

El tipo tenía los ojos vidriosos. No estaba actuando.

—Joder —suspiró ella.

—Eso mismo he dicho yo.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Vega.

Él se encogió de hombros.

—Esconderme aquí hasta que se vaya todo el mundo. Luego ya pensaré.

—¿Aquí? ¿En el cuarto de las escobas?

—No tengo muchos sitios adónde ir. Los que creo que son periodistas están en la puerta. Y el que ha intentado matarme también anda por ahí.

Vega dudó.

Todo su cuerpo le decía que saliera corriendo.

Pero no lo hizo.

—Hay una salida por detrás —dijo—. Por el almacén de la cocina.

Él la miró sorprendido.

—¿Tú cómo lo sabes?

—He venido antes.

No dio más explicaciones. Él la estudió unos segundos.

—Vale.

—Pero no me llames de «tú» que tengo nombre.

—¿Cuál?

—Vega.

—Bonito nombre.

—Eso sobra.

Él sonrió. Cansado.

—¿Y el tuyo?

—Iker.

—Muy bien.

—Me gustas, Vega.

—Pues no te acostumbres.

Salieron.

Llegaron a la puerta metálica que daba al callejón.

—Ahí fuera hay taxis —dijo ella—. Siempre hay uno que espera a que termine la jornada algún camarero.

—Vega.

Ella se detuvo.

—Gracias.

Ella asintió.

—Que encuentres al hijo de puta ese.

Él la miró un segundo más.

—No es solo eso.

Vega frunció el ceño.

—¿Entonces qué?

Él dudó.

—No es una amenaza al azar. Es dinero. Y alguien ha decidido que yo sobro.

Vega le sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

Luego negó con la cabeza.

—Pues corre.

Y se fue.

Callejón adelante, con los zapatos en la mano y el vestido verde reflejándose en los charcos.

No miró atrás.

Porque ella era Vega.

Y tenía su orgullo.

CAPÍTULO 2



ENTREVISTA DE TRABAJO

A las nueve y media de la mañana, Vega abrió la persiana metálica de «Autoescuela Brum Brum», su negocio, con el estómago revuelto y la cabeza peor. No había dormido. Había llorado en la ducha, sí, pero también había jurado ante el espejo que Borja no volvería a ocupar ni un milímetro de su cerebro.

—A tomar por culo —se dijo mientras encendía los ordenadores—. Tú y tus hipotecas, tu madre y tu becaria.

Puso una cafetera. La autoescuela era suya. Suya. Dos años llevaba con el negocio, desde que su tío Manolo le prestó el dinero para comprar el local. Dos años madrugando, aguantando alumnos nerviosos, miradas lascivas de algunos, y la competencia desleal de la autoescuela de al lado. Pero era suya. Y eso nadie se lo quitaba.

Sonó la puerta.

—¡Todavía no hemos abierto! —gritó desde el *office*.

La puerta se abrió igualmente.

Vega asomó la cabeza y vio a un hombre en el umbral. Alto. Muy alto. Vaqueros negros, camisa oscura, barba y bigote bien recortados, el pelo negro azabache, casi azulado, peinado hacia atrás. Gafas de sol. Cuando se las quitó, unos ojos marrones la miraron con una mezcla de curiosidad y algo parecido al alivio.

—¿Vega? —preguntó él.

Ella se secó las manos en el pantalón y se acercó.

—Depende de quién lo pregunte.

El hombre sonrió. Una sonrisa que le resultó vagamente familiar, aunque no sabía de qué.

—Me llamo... —dudó medio segundo—. Iker. Necesito trabajo.

Vega arqueó una ceja.

—¿Trabajo? ¿Aquí?

—Sí. Me han dicho que buscas gente.

—¿Quién?

—Un... conocido.

—¿Qué conocido?

Iker, o como quiera que se llamase, se ajustó el cuello de la camisa. Estaba nervioso, eso se notaba. Pero también tenía ese punto de arrogancia mal disimulada, como si no estuviera acostumbrado a pedir nada.

—Mira, vine de parte de Laura.

—¿Laura? —Vega entrecerró los ojos—. ¿Mi Laura?

—Morena, graciosa, dijo que era tu mejor amiga.

Vega cruzó los brazos.

—Laura no me ha dicho nada.

—Porque... —él tragó saliva—. Porque se lo pedí esta mañana muy temprano. Y supongo que no le dio tiempo a avisarte.

—Esta mañana.

—Sí.

—¿Y cómo sabes tú dónde vive Laura?

Iker sostuvo su mirada. Demasiado tiempo.

—Anoche te seguí.

Vega se quedó quieta.

—¿Cómo dices?

—A ti. Te seguí. Anoche, cuando saliste del callejón, cogiste tu coche. Yo cogí el taxi. Te vi llegar a casa. Vi entrar a Laura poco después. Supuse que vivíais juntas.

El corazón de Vega dio un vuelco. Pero no era de miedo. Era otra cosa. Rabia, quizá. O incredulidad.

—¿Me seguiste?

—Sí.

—¿En un taxi?

—Sí.

—¿Como un acosador de manual?

—Como un tío que no tenía a nadie más a quien recurrir.

Se miraron fijamente. Vega notó que las manos le temblaban ligeramente. Las escondió en los bolsillos del pantalón.

—A ver, Iker —dijo, con una voz mucho más calmada de lo que se sentía—. Dime una cosa. ¿Tú eres idiota o te lo curras?

Él sonrió.

—Las dos cosas, supongo.

—No, no. Porque anoche, en ese cuarto, me soltaste una historia de sabotaje, de que quizás alguien quería matarte, de que te perseguían. Y yo, como soy buena persona, te saqué de allí. Y tú, en lugar de desaparecer, te dedicaste a seguirme, a averiguar dónde vivo, a presentarte en mi autoescuela pidiendo trabajo.

—Sé que parece...

—¿Parece? —le cortó ella, dando un paso al frente—. Parece, no. Es. Es acoso.

—Tienes razón. No tengo excusa.

—¡Me da igual! —Vega ya no podía disimular el temblor de voz —. ¿Qué cojones haces aquí? ¿Por qué yo? ¡Hay miles de personas en Madrid a las que acosar!

—Tienes razón. Lo sé. Lo que hice anoche fue... imperdonable. Seguirte fue una violación de tu intimidad. No tengo excusa.

—Pero vas a poner una.

—Solo quiero que entiendas una cosa. —Su voz cambió. Perdió ese tono arrogante y se volvió más humano—. Anoche, cuando me dijiste que había salida por detrás, cuando me llevaste hasta ese callejón, cuando te fuiste sin pedirme nada... fue la primera vez en meses que alguien me trató como a una persona normal. Como a un tío que estaba pasando una noche de mierda.

Vega no dijo nada.

—Me subí al taxi y le dije al conductor que siguiera al tuyo. No sé ni por qué lo hice. Fue un impulso. Cuando te vi entrar en el portal, pensé: «Vale, ya está, aquí se acaba». Pero entonces llegó Laura. Y yo... no sé, tuve la corazonada de que ella era tu amiga. La había visto contigo en el restaurante. Así que esperé. Me quedé allí, en la calle, como un pringado, hasta que salió a tirar la basura.

Vega arqueó una ceja.

—¿Esperaste a que Laura sacase la basura?

—Sí. Eran casi las dos. Bajó con una bolsa de plástico y un cigarro. Me acerqué, le expliqué quién era, le dije que necesitaba su ayuda. Y ella... —Ian negó con la cabeza, como si aún no se lo creyera—. Ella me escuchó. Me dio un cigarro y me escuchó.

—Laura no fuma.

—Esa noche sí.

Vega se mordió el interior del carrillo. Iba a tener que hablar muy seriamente con su amiga.

—¿Y qué te dijo?

—Que si de verdad quería desaparecer, lo mejor era un sitio donde nadie me buscase. Y me habló de ti. De tu autoescuela. De que era tuya, de que trabajabas sola, de que quizá... —se encogió de hombros—. De que quizá me dieras una oportunidad si te lo pedía bien.

Se miraron. El silencio se alargó. Vega sentía que la cabeza le iba a explotar.

—Vale —dijo por fin—. Supongamos que no llamo a la policía.

—Te lo agradecería.

—Supongamos que te creo lo del sabotaje.

—Es verdad.

—Entonces dime: ¿qué cojones haces aquí?

Ian la miró fijamente.

—Necesito desaparecer unas semanas.

Vega no dijo nada.

—No es esconderme por miedo, que también. Es que si me encuentran… Harán que parezca un accidente.

—¿Qué dices?

—No quieren asustarme —continuó—. Pretenden que deje de existir sin hacer ruido.

Vega lo observó en silencio. La barba le favorecía, joder. El pelo oscuro también. Y los ojos marrones le daban un aire más terrenal. Menos estrella de la tele. Estaba a punto de desvelar su

nombre, pero no le salía del toto decirlo, si él no quería… Porque creía conocerle.

—¿Y esperas hacerlo dando clases de conducir? —preguntó.

—Espero no llamar la atención.

—Ya la llamas.

Ian soltó una risa corta.

—Me dedico a ello…

—Ya. ¿Sabes aparcar en paralelo? ¿Sabes dar marcha atrás sin cámaras? ¿Sabes qué hacer si un alumno se pone nervioso y acelera contra una pared?

Él abrió la boca. La cerró.

—Supongo que no.

—Pues tienes que aprender. Porque si te contrato, vas a currar. Y vas a cobrar lo mismo que cualquier otro. Y vas a dormir donde puedas, que por cierto no va a ser en mi casa.

—No esperaba...

—Y una última cosa. —Vega dio un paso al frente y lo señaló con el dedo—. Si me entero de que me has mentido en algo, de que lo del sabotaje es una trola, de que te has inventado eso para esconderte de no sé qué... te juro que te arranco la barba a tirones y te entrego a la policía y a la prensa con una sonrisa. ¿Estamos?

Ian asintió.

—Estamos.

—Y otra cosita.

—¿Sí?

—Sobre lo del sabotaje... ¿estás seguro?

Ian la miró.

Y por primera vez desde que había entrado, Vega vio miedo en sus ojos.

—No —admitió.

Ella asintió.

Salió.

Y Vega se quedó mirando la puerta, preguntándose en qué momento su vida se había convertido en una película de acción con tintes de comedia romántica.

CAPÍTULO 3



VERDADES A MEDIAS

Eran casi las once de la noche cuando Vega metió la llave en la cerradura de su casa: un piso de alquiler en Vallecas, con tres habitaciones, salón comido por los muebles de Laura y una terraza minúscula donde su amiga había colgado farolillos y plantas como si aquello fuese un *loft* de Malasaña.

—¿Eres tú? —gritó Laura desde el salón.

—No, soy un ladrón.

—Pasa, ladrón, que estoy viendo una peli.

Vega puso las llaves en el mueble de la entrada y se dejó caer en el sofá junto a su amiga. Laura tenía el portátil en las rodillas y en la pantalla una mujer rubia corría despavorida por un bosque.

—¿Qué ves?

—*Viernes 13*. La parte en la que la tonta sube al desván sabiendo que ahí está el malo.

—¿Y por qué ves eso?

—Porque me relaja.

Vega resopló. Cogió el mando que tenía Laura para su ordenador y bajó el volumen.

—Eh, que estaba en lo mejor.

—Necesito hablar.

Laura la miró. Dejó el portátil en la mesita baja y se giró hacia ella, cruzándose de piernas en el sofá. Llevaba un pantalón de chándal rosa y una camiseta de un grupo *indie* que nadie conocía.

—Vale. Cuenta.

—¿En serio vas a hacer como que no pasa nada?

—¿Qué pasa?

—¡Laura!

—Vale, vale. —Laura levantó las manos—. Ha venido, ¿no? El tío.

—Sabes que sí.

—¿Y qué tal?

—¿Que qué tal? —Vega se incorporó en el sofá y la miró fijamente—. ¿Me estás diciendo que no tienes nada que contarme?

Laura se mordió el labio. Era su gesto de « menuda cagada, me ha pillado».

—Vale. Te cuento. Anoche bajé a tirar la basura, como siempre, y allí estaba. Apoyado en la farola de enfrente, con una pinta de perdedor que daba pena. Y yo dije: «hostia, un mendigo». Pero luego me miró y dije: «hostia, un mendigo guapo».

—Laura...

—Y me contó lo del sabotaje. Y yo pensé: «esto es la leche, como en las pelis». Y luego me dijo que tú le habías ayudado y que necesitaba desaparecer. Y se me ocurrió lo de la autoescuela.

—¿Se te ocurrió a ti?

—Bueno, él preguntó dónde trabajabas y yo... se lo dije.

Vega cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Sabes una cosa, Laura? Eres idiota.

—Lo sé.

—Idiota de remate.

—También lo sé.

—Podría ser un asesino. Un violador. Un loco.

—Pero no lo es.

—¿Tú cómo lo sabes?

Laura se encogió de hombros.

—Porque tiene ojos de buena persona. Y porque cuando hablaba de ti... no sé, se le iluminaba la cara.

Vega la miró incrédula.

—¿Se le iluminaba la cara? ¿Tú te oyes?

—Venga tía, que yo veo muchas pelis. Sé reconocer a un tío que está colgado.

—No está colgado. Solo está desesperado.

—Bueno, eso también.

Vega se dejó caer contra el respaldo del sofá y se frotó los ojos. Estaba agotada. Llevaba todo el día fingiendo que no pasaba nada, que no sabía quién era, que aquel tío llamado Iker era un desconocido más.

—Laura —dijo, en voz más baja—. Yo sé quién es.

—¿Cómo?

—Que sé quién es. Desde anoche. Cuando lo vi en el trastero, supe que me sonaba su cara. Y esta mañana, lo tuve claro.

—¿Y no le dijiste nada?

—No.

—¿Por qué?

Vega se encogió de hombros.

—Porque él no quiso decírmelo. Se presentó como Iker, con el pelo teñido y esa barba... Si quiere hacerse el desconocido, yo no voy a descubrirle. Pero no quiero que piense que soy una pava.

Laura la miró con admiración.

—Joder, Vega. Eres muy chunga.

—Soy precavida.

—Es lo mismo.

En el portátil, la chica rubia abría una puerta y un asesino la esperaba con un machete.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Laura.

—De momento, nada. Dejarlo que trabaje. Si es verdad lo del sabotaje, necesita ayuda. Y si no... bueno, ya le dije que le arrancaría la barba a tirones.

Laura soltó una carcajada.

—Me encantas.

—Ya lo sé.

—¿Y Borja?

Vega puso cara de asco.

—¿Borja? ¿A santo de qué viene ese ahora?

—Por preguntar. ¿Ha dado señales de vida?

—Ni una. Y espero que no lo haga nunca.

—¿En serio? Porque tú eres de las que perdonan, Vega. Lo has hecho siempre.

Vega la miró fijamente.

—Esta vez no. Esta vez le he visto la mano metida en el culo de otra. No hay perdón que valga.

—Pero igual llama. Ya sabes, para pedirte algo. O para decirte que lo siente.

—Que se lo guarde. No quiero saber nada de él.

Laura asintió, pero puso cara de «ya veremos». Porque conocía a Vega. Sabía que, a pesar del orgullo, Borja era como un grano en el culo: incómodo, persistente, y siempre aparecía cuando menos lo esperabas.

—¿Y a ti qué te llevó a liarte en este lío de mierda sin decirme nada? —preguntó Vega.

—¿El qué?

—Todo. Lo de anoche. Lo de hoy. Meter a un desconocido en mi vida sin preguntarme.

Laura suspiró y se recogió el pelo en un moño rápido.

—Porque si te lo cuento, me dices que no. Y si me dices que no, él se queda en la calle, con los periodistas detrás y alguien que quiera matarle. Y yo... no sé, Vega. No pude dormirme pensando en eso.

Vega la miró en silencio.

—Además —añadió Laura con una sonrisa—, era más divertido que ver la tele.

Vega negó con la cabeza, pero no pudo evitar una sonrisa.

—Eres idiota.

—Ya lo sé. Pero soy tu idiota favorita.

Se quedaron en silencio unos segundos. En la tele, los títulos de crédito de *Viernes 13* anunciaban que la película había terminado.

—Por cierto —dijo Laura—. ¿Cómo se llama de verdad?

Vega dudó. ¿Se lo decía? ¿Le daba el gusto de saberlo?

—Ian.

Laura abrió los ojos como platos.

—¿Ian? ¿El piloto? ¿El de la Fórmula 1?

—El mismo.

—¡Hostia puta! —Laura se incorporó en el sofá, casi gritando —. ¿El de los anuncios de relojes?

—Ese.

—¡Es famoso! ¡Tienes a un piloto famoso escondido en tu autoescuela!

—Laura, baja la voz, que son las once.

—Perdona, perdona. —Laura se tapó la boca, pero los ojos le brillaban—. Esto es la leche. Es como una peli. Tú y el piloto. El piloto y tú. En una autoescuela. Con un asesino suelto.

—No sabemos que haya un asesino.

—Un sabotaje, una persecución, un tío escondido... ¡es un *thriller*!

—Es una comedia, más bien.

Laura no escuchaba. Ya estaba planeando algo, Vega lo sabía.

—Laura...

—Dime.

—No hagas nada raro.

—¿Yo? Nunca.

—Que te conozco. Vas a querer hacerte fotos, o pedirle autógrafos, o no sé qué.

—¡Que no voy a hacer nada!. Soy muy profesional.

—Laura, eres diseñadora de interiores. Tu única relación con el mundo profesional es cobrarles a los clientes y gastártelo en cojines.

—Los cojines son importantes.

Vega negó con la cabeza, sonriendo. Conocía a su amiga de toda la vida.

En ese momento, sonó el timbre del portero automático.

Las dos se miraron.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Laura.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

El timbre volvió a sonar. Más insistente.

Vega se levantó y fue hacia el telefonillo. Pulsó el botón.

—¿Sí?

—Vega, soy yo. Baja, por favor.

La voz atravesó el interfono como un cuchillo. Vega la reconoció al instante. La reconocería entre miles de voces.

Borja.

—¿Quién es? —preguntó Laura desde el sofá.

Vega no respondió. Se quedó quieta, con la mano en el telefonillo y la mirada perdida.

—Vega, sé que estás ahí. Baja un momento, solo quiero hablar.

Laura se levantó y se acercó.

—¿Es él?

Vega asintió.

—¿Qué coño quiere?

—No lo sé.

—Pues dile que se vaya.

Vega pulsó el botón.

—Largo, Borja. No quiero verte.

Silencio en el interfono. Luego, su voz otra vez, más baja:

—Por favor, Vega. Solo cinco minutos. Te lo pido.

Vega dudó. Laura la miró.

—No bajes —dijo Laura—. No merece la pena.

—Lo sé.

—Pues no lo hagas.

Vega se mordió el labio. Las manos le temblaban.

—Vega —la voz de Borja, otra vez—. No me voy a ir. Voy a estar aquí toda la noche si hace falta. Solo quiero pedirte perdón.

Laura puso los ojos en blanco.

—Típico. El moco pegajoso.

Vega soltó el aire despacio. Cerró los ojos un segundo.

—Voy a bajar.

—¿Qué?

—Voy a bajar cinco minutos. Para que se vaya.

—Vega...

—Cinco minutos, Laura. Luego subo.

Laura negó con la cabeza y volvió al sofá.

Vega cogió las llaves y abrió la puerta.

Mientras bajaba las escaleras, se repetía lo mismo una y otra vez: «cinco minutos nada más».

Pero en el fondo, sabía que no iba a ser tan fácil.

CAPÍTULO 4



EL MOCO PEGAJOSO

El portal estaba en penumbra. La luz del fluorescente parpadeaba, como en las pelis de miedo que veía Laura. Y allí, apoyado contra la pared, estaba Borja.

Tenía mala cara: los ojos hinchados, barba de dos días, la camisa arrugada. Parecía que no hubiera dormido.

—Vega —dijo en cuento la vio.

—Cinco minutos. Ni uno más.

Él asintió, tragó saliva.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada. Lo que hice fue... imperdonable. No sé qué me pasó. Esa chica fue un estúpido error.

—Un error de por lo menos un par de meses, Borja. No me jodas.

Él bajó la cabeza.

—Lo sé. Lo sé. Y no tengo excusa. Solo quería decirte que lo siento

Vega cruzó los brazos.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué esperas? ¿Que te perdone? ¿Que volvamos?

Borja levantó la cabeza. Tenía los ojos sospechosamente húmedos.

—No lo sé. Solo sé que no quiero perderte. Tres años, Vega. Llevo tres años contigo. No quiero tirar tres años maravillosos por la borda.

—Tú los tiraste cuando te metiste con la becaria.

—Lo sé. Pero... ¿no merezco una oportunidad? La gente comete errores. La gente cambia.

Vega sintió un nudo en la garganta. Llevaba tres años con él y eso no se borraba así como así.

—No sé, Borja.

—Dame una oportunidad. Una sola. Sal conmigo mañana. A cenar. A tomar algo. Donde tú quieras. Háblame, dime qué sientes, pero no me cierres la puerta así.

Vega se mordió el labio. Laura le había dicho que no bajase. Laura le había dicho que era un moco pegajoso. Y Laura tenía razón.

Pero Laura no había estado tres años con él.

—Vale —oyó decir a su boca.

Borja parpadeó.

—¿Vale?

—Una cena. Mañana. Pero no significa nada. Solo... hablar.

—Gracias, Vega. Te juro que no te voy a defraudar.

—No me prometas nada.

Se miraron un momento. Luego Vega se dio la vuelta.

—Vega.

Ella se giró.

—De verdad. Lo siento.

Ella asintió y subió.

Cuando entró en casa, Laura estaba en el sofá con los brazos cruzados.

—¿Y?

—He quedado con él mañana.

Laura puso los ojos en blanco.

—Eres gilipollas.

—Lo sé.

—Tonta perdida.

—También lo sé.

—Te va a hacer daño otra vez.

—Puede.

Laura suspiró, se levantó y la abrazó.

—Pero es tu vida. Haz lo que tengas que hacer. Yo estaré aquí cuando te rompa el corazón otra vez.

Vega se apoyó en su hombro.

—¿Y si no?

—Entonces me alegraré por ti. Y le perdonaré por ser un moco pegajoso.

Vega soltó una risita.

—Eres idiota.

—Ya lo sé. ¿Quieres ver otra peli?

—Vale. Pero una de risa. No puedo más con los muertos vivientes.

Laura sonrió y cogió el portátil.

—De risa. Como tu vida.

Vega le dio un codazo.

Y mientras Laura buscaba una comedia, Vega pensó en Borja.

Y también, sin querer, en Ian.

En Iker.

En el tío del trastero

Dos hombres.

Dos problemas.

Y ninguno tenía pinta de acabar bien.

CAPÍTULO 5



LA NOCHE MÁS LARGA

Las cuatro de la madrugada. Madrid tenía un color gris sucio. Como el de las paredes de aquel cajero automático donde Ian llevaba dos horas acurrucado, con un cartón de supermercado debajo del culo y otro tapándole las piernas.

No podía alquilar una habitación.

No podía usar sus tarjetas.

No podía llamar a nadie.

Y no podía dejar de pensar.

Llevaba así desde que salió de la autoescuela de Vega. Desde que ella le dijo «mañana a las ocho» y él asintió como si fuese la cosa más normal del mundo, como si no llevara cuarenta y ocho horas sin dormir, sin comer caliente y sin un puto sitio donde meterse.

El cartón apestaba a pescado.

Ian apretó los dientes y miró hacia la calle. Un hombre pasó con un carrito de la compra lleno de latas. Ni le miró.

En Madrid, un mendigo más no llamaba la atención.

Él era un mendigo más.

Se pasó una mano por la barba. La barba que se tiñó en esa peluquería de mierda de Malasaña, pagando en efectivo, con el corazón en un puño y la certeza de que estaba haciendo lo único que podía hacer.

Moreno. Barba. Lentillas marrones.

Nadie le buscaría así.

Pero seguía teniendo miedo.

Un miedo que le helaba la sangre cada vez que pensaba en aquellos mensajes…

❁❁❁

Cinco días atrás. El hotel cerca del circuito. Ian estaba solo en su habitación, repasando estrategias en la tableta, cuando el móvil vibró.

Era un wasap.

Lo abrió por inercia.

«Sabemos que tienes contrato para las próximas carreras. No te conviene. Hay gente que ha pagado mucho dinero para que el asiento sea de otro. Si no lo dejas por las buenas, vas a tener un accidente. No de los que se cuentan en los telediarios, más bien de los que no te van a dejar volver a andar».

Ian se quedó mirando la pantalla. El corazón le latía tan fuerte que oía la sangre en los oídos.

Otro mensaje. Diez segundos después.

«No es una broma. Tenemos gente en el circuito. En el hotel. En tu puta casa. Deja el asiento al piloto reserva o te retiraremos de la circulación».

Y otro. Y otro.

Seis o siete en total.

Todos con esa violencia fría, medida, que no dejaba espacio para la duda.

Se quedó en blanco un buen rato. Luego cogió el teléfono y llamó a su mánager. Le contó lo mínimo. Le dijo: «Necesito ayuda».

Al día siguiente, viajó al circuito. Tenía que correr. Era su trabajo. Su vida.

El miércoles previo al Gran Premio estaba en el hotel. Salió a la terraza a tomar el aire.

Y entonces los vio.

Dos tipos. En un coche oscuro aparcado al otro lado de la calle. No hacían nada. Solo miraban hacia su habitación.

Uno levantó la mano y se tocó la oreja. Como si llevara un pinganillo. Y el coche arrancó y se fue despacio.

Ian sintió que las piernas le fallaban.

Entró como pudo, cerró la puerta, llamó a su mánager. Le contó lo de los tipos. El mánager habló con la seguridad del circuito. Le dijeron que no podían hacer nada sin una denuncia formal. Que si quería, podía ponerla.

—¿Para qué? ¿Con qué pruebas? Unos mensajes anónimos y dos tipos en un coche que ya no están. No van a hacer nada.

Pasó el fin de semana mirando a todos lados. No podía concentrarse. Solo pensaba en lo que decían los mensajes. En si al salir del circuito le estarían esperando.

Terminó la carrera aunque notó un pequeño fallo en los frenos, se encerró en el motorhome[1] y se echó a llorar como un niño.

Había hablado con el jefe del equipo. Le enseñó los mensajes. El jefe palideció, pero se encogió de hombros.

—No podemos parar la carrera por esto. Si quieres, no corras. El reserva está preparado.

Ian entendió entonces que estaba solo. Que el equipo prefería no meterse en líos o peor, que sabía demasiado. Que si él se bajaba, el reserva ocuparía su sitio y santas pascuas.

Y que quizá, solo quizá, ahí estaba el negocio.

Alguien había pagado.

Para que él desapareciera.

No quiso pensar más.

A los dos días, recibió otro mensaje con número anónimo:

«Te ha ido bien esta vez. Pero no habrá una segunda. Desaparece. Un mes, dos, lo que haga falta. Si te volvemos a ver en un circuito, cumplimos. El reserva ya tiene instrucciones.»

Borró el mensaje. Apagó el móvil. No se lo contó a nadie.

Pero esa noche cogió un vuelo a Madrid. Sin decir nada. Sin avisar a nadie. Solo con una mochila.

Y al llegar, recibió el siguiente mensaje. El que le citaba en el restaurante La Máquina.

«Ven solo. Sin móvil. Alguien te explicará cómo salir del país sin que te encuentren. Si no vienes, empezaremos con los tuyos. Sabemos dónde vive tu madre.»

Por eso fue. Por eso estaba en ese puto restaurante de mierda, en vaqueros y con su cara de famoso, esperando a un contacto que nunca apareció. Le dijo a su madre que desapareciera. Que se pirara a aquel lugar que solo ellos dos conocían y que una persona que prefería no recordar les consiguió. Donde se escondían cuando su padre llegaba borracho a casa… Ella no dudó.

Esperó una hora. Dos. Bebió dos copas que no quería. Y cuando se levantó para ir al baño, notó que le seguían.

Un tipo, con traje oscuro y gafas de sol

A las once de la noche. Dentro de un restaurante… ¡con gafas de sol!

No hizo ademán de acercarse. Solo le miró. Y se tocó la oreja.

Ian sintió que la sangre se le helaba.

Giró por un pasillo, abrió la primera puerta que encontró.

Un trastero.

Se encerró allí. Sin hacer ruido.

Casi sin querer respirar.

Y entonces, al cabo de un rato, la puerta se abrió.

Y apareció ella.

La del vestido verde.

❁❁❁

Ian abrió los ojos. Un coche pasó demasiado rápido por la calle. El ruido del motor le puso los pelos de punta.

Frenos.

Siempre los putos frenos.

No sabía quién estaba detrás de todo aquello… ¿Apuestas? ¿El equipo? ¿Otros inversores?

Su escudería siempre había tenido entre manos algo raro.

Dinero que aparecía de sitios que nadie explicaba. Conversaciones a medias. Gente sin acreditación en el *box*.

Prefería no pensar en ello.

No podía ir a la policía

No podía arriesgar la vida de su madre.

No podía volver a su casa. Estaría vigilada.

No podía usar sus tarjetas. Le localizarían en cuanto las utilizara.

No podía llamar a nadie. Su teléfono estaba apagado, metido en una bolsa de plástico, en el fondo de la mochila que compró en un chino.

Así que estaba allí. En un cajero. Con un cartón que apestaba a pescado.

Le temblaban las manos. No sabía si era de frío o de miedo.

Sacó el móvil nuevo. El de usar y tirar. Encendió la pantalla. No tenía cobertura. Lo había apagado para que no pudieran localizarle.

Se quedó mirando la pantalla negra.

Pensó en ella. En Vega.

Qué puta locura. Una desconocida que le abrió una puerta.

Que no pidió nada.

Que no se impresionó por nada.

Solo dijo: «que encuentres al hijo de puta ese».

Y luego, al día siguiente, en esa autoescuela cutre, con ese nombre de mierda que ella le puso.

Sonrió a pesar de todo. Fue una sonrisa pequeña y triste. Pero real.

No sabía si volvería mañana. No sabía si podría. No sabía si los tipos del coche oscuro ya le habrían encontrado.

Pero por primera vez en cinco días, había algo que no era miedo.

Había una razón para levantarse.

Y eso, ahora mismo, valía más que cualquier plan.

Apretó los ojos. El frío le calaba hasta los huesos. El cartón apestaba. La noche era larga.

Pero mañana, a las ocho, tenía que estar en «Autoescuela Brum Brum».

Y estaría.

Aunque eso fuera exactamente lo que estaban esperando.

CAPÍTULO 6



EL OLOR DEL CARTÓN

Las ocho menos cinco de la mañana. Vega estaba en la puerta de Autoescuela Brum Brum con las llaves en la mano y el café humeante en la otra. Había dormido mal. Otra vez.

Pero no era por Borja.

Era por haberle dicho que sí a la cena.

—Tonta —murmuró para sí misma mientras subía la persiana del cierre—. Tonta perdida.

Entró, encendió los ordenadores, puso la cafetera.

Todo en orden.

Todo normal.

Hasta que lo vio.

Ahí estaba. Apoyado contra la pared del patio, junto a los coches de prácticas. Inmóvil como una estatua.

Vega entrecerró los ojos.

—Pero bueno —dijo en voz alta, acercándose—. ¿Desde cuándo estás ahí?

Ian levantó la cabeza. Tenía los ojos hundidos, enrojecidos, con esas lentillas marrones que no pegaban nada con su mirada. La barba desaliñada y la ropa arrugada.

Y entonces le llegó.

El olor.

A pescado. A humedad. A cartón.

Vega dio un paso atrás sin querer.

—Joder… —empezó a decir, pero se calló.

Ian no dijo nada. Solo la miró con esos ojos de perro apaleado.

—Llevas así toda la noche —dijo ella.

No era una pregunta.

Él desvió la mirada. No contestó.

Vega sintió un nudo en el estómago. No era lástima. Era otra cosa. Rabia, quizá. O incredulidad.

—Venga —dijo, señalando la puerta de la autoescuela—. Pasa.

Él obedeció. Cogió la mochila y la siguió. Dentro, la luz fluorescente terminó de desnudarlo: la ropa arrugada, las ojeras moradas, el temblor casi imperceptible de las manos, la forma en que caminaba como si el cuerpo le pesara el doble…

—Siéntate —ordenó Vega.

Ian se dejó caer en la silla de plástico de la recepción.

Y entonces, en el silencio se oyó un ruido inconfundible.

El estómago le rugía. Como un motor mal engrasado.

Vega lo miró fijamente. Él no dijo nada. Solo apretó la mandíbula y miró hacia otro lado.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—No me acuerdo.

—¿Ayer?

Él se encogió de hombros. Fue un gesto mínimo.

—No sé.

Vega resopló. Se cruzó de brazos.

—Venga, vale. Vamos a hacer esto facilito y sin dolor. Contesta lo que quieras, pero no me mientas.

Ian asintió.

—¿Sigues en peligro?

—Sí.

—¿Más que ayer?

—Igual.

—¿Sabes quién te persigue?

—No.

—¿Tiene que ver con lo que me contaste anoche?

—Sí.

—¿Tú has hecho algo?

—No.

Vega esperó a que añadiera algo más. No lo hizo.

—¿Es algo ilegal?

Ian dudó. Solo un segundo.

—Puede.

Vega se mordió el labio. No iba a sacarle más. No así.

—Vale —dijo—. Una última cosa. ¿Dónde has dormido?

Ian la miró. Por primera vez, sus ojos se encontraron con los de ella. Y en ellos no había orgullo, ni vergüenza, ni nada. Solo cansancio.

—En la calle —dijo. Y era verdad, aunque no dio detalles.

Vega asintió. No preguntó más.

Se levantó, fue a la puerta y echó el pestillo. Luego se giró hacia él.

—Venga. Levanta.

—¿Qué?

Ian la miró sin entender.

—Que te levantes. Vamos.

Lo llevó al baño.

Él obedeció con esfuerzo. Las piernas le temblaban. Vega lo condujo por el pasillo hasta el pequeño aseo que había al fondo, junto al archivo.

—Métete ahí —dijo, abriendo la puerta—. Hay una ducha, agua caliente, jabón y una toalla limpia en el armario. Lávate.

Ian parpadeó.

—¿Qué?

—Que te duches. Hueles mal. Y no pienso tener a un empleado que apeste en mi autoescuela.

Él esbozó una sonrisa débil. La primera en muchas horas.

—Gracias.

—No me las des. Date prisa.

Ian entró en el baño. Vega cerró la puerta y se quedó apoyada contra la pared, respirando hondo.

—Vaya mierda —murmuró.

Volvió a la recepción. Miró el reloj. Las ocho y diez. Veinte minutos para que llegase doña Paqui.

Veinte minutos.

Fue al *office*, cogió una bolsa de plástico, y entró en el cuarto trastero donde guardaba algunas cosas. Allí, en una percha, colgaba una bolsa con ropa de su padre. Su padre había muerto hacía tres años, pero ella no había tenido corazón para tirar toda su ropa. Tenía sudaderas viejas, vaqueros y alguna chaqueta.

Los miró un momento. Luego los metió en la bolsa.

Llamó con los nudillos a la puerta del baño.

—Hay ropa aquí. De mi padre. Está limpia. Deja la tuya en la bolsa.

Desde dentro, el agua dejó de oírse un segundo. Luego siguió.

Vega dejó la bolsa en el suelo y volvió a la recepción.

Diez minutos después, la puerta del baño se abrió.

Ian salió con el pelo mojado, más negro aún, peinado hacia atrás. La barba también estaba más limpia. Los vaqueros negros le quedaban un poco anchos —su padre era más corpulento— y la sudadera gris le daba un aire casi normal. Casi.

—Me quedan grandes —dijo él, con esa media sonrisa cansada.

—Pues apáñate.

Ian se acercó a la mesa con la bolsa en la mano. Demasiado cerca. Vega lo notó. Ese momento incómodo en el que uno debería apartarse… pero no lo hacía.

—¿Qué hago con la ropa?

—Tírala. O guárdala. Me da igual.

Él asintió. Dejó la bolsa en un rincón, junto a su mochila.

—Vega —dijo.

—¿Qué?

—Gracias.

Ella no contestó. Solo lo miró. Quería preguntarle más. Quería saber por qué no había ido a un albergue, por qué no había llamado a alguien, por qué había elegido la calle antes que pedir ayuda.

En su lugar, señaló la máquina de café.

—Hay café. Y galletas. Si quieres, puedes coger. Luego me lo pagas.

Ian asintió con una sonrisa agradecida.

—Vale.

Se acercó a la máquina, metió una moneda, y esperó a que el café cayera en el vaso de plástico. Mientras, Vega tecleaba en el ordenador, como si no pasara nada.

Pero pasaba.

Pasaba que un tío que olía a pescado podrido una hora antes, ahora estaba ahí, con ropa de su padre, bebiendo café como si fuera el mejor de su vida.

Pasaba que ella le había dejado entrar.

Y pasaba que no sabía muy bien por qué.

—Doña Paqui llega en diez minutos —dijo, sin mirarlo—. Si te has repuesto, te sientas atrás y observas. Luego me cuentas qué has visto.

—Vale.

—Y, oye.

—¿Sí?

Vega lo miró por fin.

—Si necesitas dormir esta noche... el sofá de la oficina es incómodo, pero es mejor que la calle.

Ian se quedó quieto, con el café en la mano.

—No hace falta —dijo.

—No he dicho que lo uses. He dicho que está ahí. Por si acaso.

Se miraron un momento. Luego él bajó la vista y bebió un sorbo de café.

—Vale —dijo en voz baja.

Y no hablaron más.

CAPÍTULO 7



DOÑA PAQUI Y LA ROTONDA MALDITA

Doña Paqui llegó a las ocho y media con su bolso de cuadros, su permanente impecable y una determinación inquebrantable. Setenta años bien llevados, cuarenta y dos clases a sus espaldas, y un empeño casi místico en dominar el arte del aparcamiento en batería.

—¡Buenos días, Vega! —exclamó al entrar, dejando el bolso en la recepción con la contundencia de quien anunciaba una declaración de guerra—. Hoy es el día. Lo noto en los huesos.

—Todos los días son el día, doña Paqui —sonrió Vega, levantando la vista del ordenador—. Pase, que le presento a alguien.

Ian estaba junto a la máquina de café, con el vaso en la mano y la mirada perdida. La ducha y la ropa del difunto le habían devuelto algo de humanidad, pero aún tenía ese aire de quien había visto un fantasma y el fantasma era él.

—Él es Iker —dijo Vega—. Va a estar de observador hoy. No se preocupe, no muerde. Creo.

Doña Paqui lo miró de arriba a abajo con la misma atención con la que examinaba los espejos retrovisores. Luego arqueó una ceja.

—Guapo el chico.

Ian esbozó una sonrisa tímida. Llevaba años oyendo eso, pero dicho por una señora madura con permanente era... diferente.

—Gracias, señora.

—Pero no me vaya a distraer, ¿eh? —advirtió ella, señalándolo con el dedo—. Que yo vengo a lo que vengo. A mis años, una ya no

está para ligoteos.

—No se preocupe, doña Paqui —dijo Ian,—. Solo miraré.

Vega lo observó fijamente. Él se encogió de hombros como pidiendo perdón.

—Venga —dijo ella, cogiendo las llaves del coche—. Al lío.

Salieron al patio. El Toyota azul esperaba con las puertas abiertas como un caballo paciente. Doña Paqui se sentó al volante, Vega en el asiento del copiloto, Ian detrás, en el centro, con las rodillas casi tocando el asiento delantero. Los coches normales no estaban hechos para gente de uno noventa y cinco.

—Ajuste el espejo —dijo Vega con voz de manual—. Y recuerde: lo primero el cinturón.

Doña Paqui se ajustó el cinturón. Luego el espejo izquierdo. Luego el derecho. Luego volvió al izquierdo. Luego al derecho otra vez. Luego al izquierdo. Ian la observaba en silencio, fascinado. Aquella mujer se tomaba la conducción con la misma seriedad con la que él se tomaba las curvas a trescientos por hora. Solo que ella no iba a trescientos. Ella iba a veinte. Si había suerte.

—Lista —anunció doña Paqui con la solemnidad de un astronauta a punto de despegar.

—Arranque.

El coche dio un bote. Luego otro. Luego un tercero, más violento, terminando por calarse.

—Tranquila —dijo Vega con una paciencia infinita—. Lo intentamos otra vez.

Lo intentaron seis veces. A la séptima, el coche salió del patio como un caballo desbocado, con un acelerón que pegó a Ian contra el asiento trasero. El golpe le sacó un gruñido.

—¡Perdón, perdón! —se disculpó doña Paqui, mirando por el retrovisor.

—Dosificando, dosificando —dijo Vega—. El pie suave, como si acariciara el pedal.

Ian apretaba los dientes y se agarraba al asiento con una mano. Estaba acostumbrado a fuerzas G de infarto, a curvas imposibles, a adelantamientos milimétricos. Pero aquello... aquello era terrorífico. No sabía que se podía ir tan despacio y dar tanto miedo a la vez.

Llegaron a una rotonda. La rotonda maldita, como la llamaban en la autoescuela. Cuatro salidas, tres carriles, y doña Paqui al volante.

—Coja la tercera salida —indicó Vega.

Doña Paqui giró antes de tiempo. El coche se fue hacia la izquierda, invadiendo el carril interior. Un coche pitó. Ian cerró los ojos.

—No pasa nada —dijo Vega con una calma sobrehumana—. Rectifique. Con calma.

Doña Paqui rectificó. El coche se enderezó milagrosamente. Salieron de la rotonda como quien sobrevivía a un terremoto.

—Bien —dijo Vega—. Muy bien. Ahora a la derecha, y buscamos un hueco para aparcar en batería.

Ian abrió los ojos. Respiraba hondo. Estaban vivos. Era un milagro. Se prometió a sí mismo que nunca volvería a quejarse de las curvas con el asfalto mojado.

Doña Paqui encontró un hueco. Un hueco enorme, de esos en los que cabía un camión. Se colocó. Dio marcha atrás. Adelante. El coche se movía como un péndulo descontrolado, un palmo a la izquierda, un palmo a la derecha, pero nunca donde debía.

—Un poco más a la izquierda —dijo Vega—. No, no, a la izquierda del todo. Su otra izquierda.

—¡Siempre me lío! —se quejó doña Paqui, girando el volante frenéticamente—. Desde pequeña. Mi madre decía que tenía el cerebro cambiado.

—No se preocupe —la tranquilizó Vega—. A mucha gente le pasa.

Ian no pudo evitarlo. Soltó una risa. Una risa nerviosa, ahogada, pero risa al fin y al cabo.

Vega lo miró por el retrovisor. Durante un segundo, sus ojos se encontraron. Luego ella desvió la mirada.

—¿Te parece gracioso, Iker? —preguntó, con un tono que no era del todo serio.

—No, no, es que... —Ian se mordió el labio, intentando disimular—. Es que en mi trabajo también hay veces que nos liamos con los giros. Sobre todo en los cambios de rasante.

—¿Y en qué trabajas? —preguntó doña Paqui, sin dejar de maniobrar.

Ian dudó medio segundo.

—Logística.

—Ah, muy interesante. Mi hijo trabaja en logística también. En una nave de Mercamadrid. ¿Conoce Mercamadrid?

—Eeeeh... no mucho.

El coche dio un bote al subir al bordillo. Doña Paqui había aparcado. Bueno, más o menos. El coche estaba dentro del hueco, con las ruedas traseras fuera de la línea. El morro apuntaba ligeramente hacia la calzada, como si quisiera escapar. Aquello supondría un suspenso como una catedral, el día del examen.

—Está bien —mintió Vega con una sonrisa profesional—. Mañana lo intentamos otra vez. Cada día es mejor que el anterior.

Doña Paqui sonrió, orgullosa, y apagó el motor.

—Lo dije. Hoy era el día.

De vuelta a la autoescuela, Ian iba en silencio en el asiento trasero. Pero esta vez no era por miedo. Era porque, por primera vez en días, no estaba pensando en amenazas, ni en tipos con gafas de sol, ni en correos anónimos.

Estaba pensando en que Vega lo había mirado por el retrovisor.

Y en que, cuando sus ojos se encontraron, ella no había apartado la mirada tan rápido como solía hacerlo la gente.

Cuando doña Paqui se fue, después de pagar sus treinta euros y prometer que la semana que viene dominaría la rotonda, Vega se giró hacia Ian.

—¿Logística?

Ian se encogió de hombros.

—No podía decir la verdad.

—Y, ¿cuál es la verdad?

—Su hijo trabaja en logística. Quedé bien.

No dijo más.

Vega resopló, pero no pudo evitar una sonrisa.

—Eres un desastre.

—Ya lo sé.

Se miraron un momento. Luego ella señaló el sofá del *office*.

—Si quieres dormir esta noche, ya sabes. El sofá sigue ahí por si lo necesitas. Es más cómodo que la calle, y no huele a pescado.

Ian dudó. La vergüenza le quemaba por dentro, pero el agotamiento podía más.

—Vale —dijo al final, en voz baja.

—Y, oye.

—¿Sí?

—Lo de la risa... —Vega se mordió el labio, buscando las palabras—. No está mal. Quiero decir... no habías soltado ni una desde que te conozco.

Ian la miró sorprendido. «Desde que te conozco». Llevaban un día. Un puto día. Y ya ella había notado que no se reía.

—Es que... —empezó él.

—No hace falta que lo expliques —le cortó ella—. Solo era eso.

Vega se giró hacia el ordenador y empezó a teclear cosas sin ningún tipo de concentración.

Ian se quedó quieto un momento, con el café ya frío en la mano. Luego fue al *office*, dejó el vaso en la mesa y se dejó caer en el sofá.

El sofá olía a viejo. El muelle del centro se le clavaba en el culo. Pero era mejor que el cartón de pescado.

Cerró los ojos.

Y por primera vez en cinco días, durmió.

CAPÍTULO 8



EL MOCO PEGAJOSO ATACA DE NUEVO

La cena fue... rara.

Borja la había recogido a las nueve en punto, con un ramo de flores cutre de gasolinera y una sonrisa de arrepentido profesional. Llevaba una camisa limpia, se había afeitado y olía al mismo perfume de siempre, ese que a Vega durante tres años le había parecido el mejor del mundo y que ahora le provocaba una mezcla de nostalgia y arcadas.

—Has elegido italiano —dijo él mientras entraban en la *trattoria*—. Qué detalle, sabes que es mi favorito.

—Es el que me pilla más cerca de casa —respondió ella, sin mirarlo.

Durante la cena, Borja se portó bien. No hizo bromas pesadas, no mencionó a la becaria, no puso esa sonrisa de suficiencia que a Vega le sacaba tanto de quicio. Al contrario. Habló bajo, pidió perdón tres veces, dijo que había estado yendo al psicólogo, que se había dado cuenta de lo mucho que la quería, que había sido un imbécil. Todo mentira. Si ella supiera la vida de mierda y deudas que llevaba…

—Tres años, Vega —dijo, cogiendo su mano por encima de la mesa—. No los puedes tirar así como así. Yo he cometido un error, uno enorme, pero la gente cambia. Yo puedo cambiar.

Vega lo miró. Tenía los ojos húmedos. Parecía sincero. O quizá era simplemente un buen actor. Lo que tenía más claro que el agua era que la gente no cambiaba…

—No lo sé, Borja.

—Dame una oportunidad. Solo una. Esta noche. Vamos a tu casa, hablamos, vemos una peli, como antes. Sin presión.

—Laura está en casa.

—Ah. —Él dudó un segundo—. Vale. Pues vamos a la mía. Mis padres están fuera, nos han dejado comida para toda la semana, pero la casa está vacía.

Vega negó con la cabeza.

—No me apetece tu casa. Demasiados recuerdos.

Borja asintió, comprensivo. Demasiado rápido.

—Entonces... ¿dónde? ¿Tomamos algo por ahí?

—He bebido suficiente vino.

Se hizo un silencio demasiado espeso entre ellos.

Borja jugueteó con el tenedor.

—Oye... —dijo, como si se le acabara de ocurrir—. Podríamos ir a la autoescuela. Está cerca, está vacía, podemos hablar tranquilos. Solo hablar.

Vega lo miró. Borja conocía la autoescuela. Había ido decenas de veces a recogerla, a esperarla mientras terminaba una clase, a quejarse de que trabajaba demasiado. Sabía dónde estaba, cómo era, dónde estaban las llaves.

—No sé...

—Venga, Vega. Solo un rato. Prometo portarme bien.

Ella lo miró. Tenía esa cara de niño bueno que tan bien se le daba. Y a pesar de todo, a pesar de la becaria, a pesar de los tres años de desencuentros, una parte de ella seguía queriendo creer.

—Vale —suspiró—. Pero un rato. Luego cada uno a su casa.

Borja sonrió.

Esa sonrisa de mierda…

❁❁❁

Llegaron a la autoescuela pasadas las once. La calle estaba desierta, la persiana metálica bajada, el cartel de neón apagado. Vega abrió la puerta peatonal y entraron.

Todo estaba en silencio. La recepción, a oscuras. El pasillo, vacío. La puerta del *office*, cerrada.

—Sigue igual —dijo Borja, mirando alrededor—. La misma mesa, los mismos carteles... hasta el mismo olor a café requemado.

—Es mi negocio. No lo voy a cambiar solo porque tú quieras.

—No lo decía por nada —se apresuró a justificarse —. Solo que... no sé, me trae recuerdos.

Vega no contestó.

Pasó de largo la puerta del *office* y salió al patio interior, donde estaban los coches de prácticas aparcados bajo una luz amarillenta. Allí al menos se veía algo.

Borja la siguió.

—Hace un poco de frío —dijo, frotándose los brazos.

—Pues nos vamos.

—No, no, espera. —Se acercó a ella, le cogió las manos—. Estoy bien. Solo quería estar a solas contigo.

Vega sintió el calor de sus manos. Las mismas manos que tres noches antes había visto en el culo de la becaria. Las apartó.

—Borja...

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero es que te he echado tanto de menos...

Se acercó más. Vega retrocedió hasta quedar apoyada en el capó de uno de los coches.

—He dicho que solo hemos quedado para hablar.

—Y hablamos. Pero... ¿un beso no? Solo uno. Para saber si aún queda algo entre nosotros.

Vega dudó.

Maldita sea, siempre dudaba.

Y entonces él la besó.

Fue un beso raro. Familiar y ajeno a la vez. Los labios de siempre, el sabor de siempre, pero algo no encajaba. Vega notó que no sentía nada. Ni mariposas, ni cosquilleo... Nada.

—Para —dijo, apartándose.

—Venga, no seas así...

—Que pares, Borja.

Pero él no paró.

La agarró por la cintura y volvió a intentarlo, esta vez con más intensidad, pegándola al coche.

—Borja, te he dicho que...

—Un poco más, ¿vale? Luego nos vamos.

Vega intentó apartarlo, pero él era más fuerte. O ella no ponía suficiente empeño. No lo sabía. Solo sabía que no quería estar ahí, así.

—Que pares, joder.

Y entonces, una voz se escuchó de fondo:

—Déjala.

No fue un grito. Fue una frase dicha en voz baja, pero que en el silencio de la noche sonó como un disparo.

Borja se giró de golpe. Vega también.

Allí, en la puerta del patio, estaba Iker. Con la sudadera gris, el pelo revuelto de quien acababa de despertarse, los brazos cruzados y una mirada que helaba la sangre. No necesitaba gritar. Su presencia llenaba todo el espacio.

—¿Y tú quién coño eres? —exclamó Borja, soltando a Vega.

—El que duerme aquí —respondió Iker sin moverse de la puerta—. Y el que te está diciendo que la dejes.

Borja lo miró de arriba abajo… ¿De qué coño le sonaba aquel tío? Luego miró a Vega.

—¿Duerme aquí? ¿Este tío duerme en tu autoescuela? ¿Pero tú de qué vas?

—No es asunto tuyo —dijo Vega, apartándose por fin de él.

—¿Que no es asunto mío? ¡Hemos estado tres años juntos!

—Pues ya no. Y ahora lárgate.

Borja la miró incrédulo. Luego miró a Iker, que seguía ahí, plantado, sin moverse, sin despegar los brazos. No hacía falta que dijera nada más. Su altura, su postura, esa mirada que había visto cosas que Borja no podía ni imaginar... era suficiente.

—Esto no se va a quedar así —dijo Borja, señalándola con el dedo.

Iker no respondió. Solo alzó una ceja. Un gesto mínimo.

Borja dudó. Luego bajó el dedo.

—Vete a la mierda —dijo, y salió del patio con paso rápido.

El portazo retumbó en el silencio de la noche.

Iker y Vega se quedaron solos, bajo la luz amarillenta de las farolas, con los coches de prácticas como únicos testigos.

—Vega —dijo él, con una voz mucho más suave—. ¿Estás bien?

Ella asintió. Pero le temblaban las manos. Y él lo vio.

—Sí —mintió—. Claro. Por supuesto.

Se hizo un silencio. Iker miraba hacia la puerta por donde había salido Borja. Vega miraba al suelo.

—No tenía que haberme metido —dijo él al final—. Si querías... quiero decir, si era cosa vuestra...

—No —le cortó ella, levantando la vista—. No era cosa nuestra. Yo había dicho que parara. Tú lo has oído.

Iker asintió.

—Lo he oído.

—¿Quieres que me vaya? ¿Prefieres estar sola?

Vega negó con la cabeza.

—No. Quédate.

Se miraron un momento. La luz amarilla les daba un aire irreal, como de película antigua.

—Gracias —respondió ella.

—No me las des.

—¿Cómo que no? Te has plantado ahí como un...

—¿Como un fantasma?

Vega soltó una risa. Estaba nerviosita perdida.

—Un fantasma, sí. De los que dan miedo.

Iker sonrió. Esa sonrisa suya que ella había visto en las revistas y que ahora, con barba y pelo oscuro y las lentillas marrones, era completamente distinta. Pero igual de peligrosa.

—Bueno —dijo él—. Si necesitas un fantasma que espante exnovios… estoy disponible. No cobro mucho. Solo un sofá y café malo.

Vega lo miró.

—El café no es malo. Eres tú que no sabes apreciarlo.

—El café es malo. Pero es gratis, así que no me quejo.

Se rieron. Los dos. Allí, en medio del patio, con el frío de la noche y el recuerdo de Borja ya diluyéndose.

—Venga —dijo Vega—. Vámonos dentro. Hace un frío que pela.

—Vale.

Entraron. Vega cerró la puerta con llave. Iker se dejó caer en el sofá del *office*.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó él, antes de que ella se fuera a su casa.

Vega dudó en la puerta.

—Seguro.

—Vega.

—¿Qué?

—Si vuelve... llámame. Aunque sea un fantasma.

Ella sonrió. Una sonrisa auténtica.

—Vale.

Salió. Cerró la puerta.

Y mientras caminaba hacia su coche, pensó que Iker tenía razón: el café era malo.

Pero él no.

CAPÍTULO 9



PUNTO DE INFLEXIÓN

Vega no recordaba haber llegado a casa.

Recordaba la puerta de la autoescuela cerrándose a sus espaldas. Recordaba el ascensor, la puerta de su casa. Pero de todo lo demás, ni rastro.

Laura estaba en el sofá viendo una peli de terror, como siempre. Cuando la vio entrar, con la cara desencajada y los ojos como platos, apagó la tele al instante.

—¿Qué ha pasado?

Vega no contestó. Se dejó caer en el sofá y se quedó mirando la pared.

—Vega, me estás asustando. ¿Qué ha pasado con Borja?

—Nada.

—¿Nada? Con esa cara no es nada.

Vega respiró hondo. Luego, muy despacio, contó lo que había ocurrido. La cena. La autoescuela. El beso. El momento en que Borja no paraba. Y la aparición de Ian.

Laura escuchó en silencio, sin apartar la mirada.

—¿Y él qué hizo? —preguntó cuando Vega terminó.

—Nada. Apareció. Dijo «déjala». Y Borja se fue.

Laura asintió despacio.

—Menos mal que estaba allí.

—¿Menos mal? ¡Laura!¡Es un «desconocido»!¡Un tío que apareció en mi autoescuela pidiendo trabajo porque tú le mandaste!

—Ya, pero... —Laura dudó—. Esta noche ha hecho lo que tenía que hacer. Lo que cualquier persona decente haría.

Vega no respondió. Seguía mirando la pared.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Laura.

—No lo sé. Temblando. Como si tuviera frío, pero no lo tengo.

—Eso son los nervios. ¿Quieres que te haga una manzanilla?

—No. Quiero dormir. Pero sé que no voy a poder.

Laura la miró con pena. Luego tuvo una idea.

—¿Por qué no vuelves a la autoescuela?

—¿Qué?

—A la autoescuela. A hablar con Ian. A darle las gracias, o lo que sea. A despedirte de los nervios. No sé.

—Son casi las doce.

—Y él está allí. Solo. Tú estás aquí, sola, temblando. Yo creo que... no sé, que necesitas estar con alguien que haya visto lo que pasó.

Vega dudó. Laura tenía razón. Pero también era una locura.

—Venga —insistió Laura—. Ve. Yo te espero despierta.

Vega la miró. Luego, sin decir nada, cogió las llaves y salió.

❁❁❁

Cuando llegó a la autoescuela todo estaba oscuro. La puerta peatonal cerrada. La persiana bajada. Tal y como la dejó.

Llamó con los nudillos. Silencio.

Llamó otra vez.

La puerta se abrió. Ian estaba ahí, con la sudadera gris de su padre, el pelo revuelto, los ojos marrones por el efecto de las lentillas.

—Vega —dijo, sorprendido—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha vuelto?

—No. Es que... —Ella dudó—. ¿Puedo pasar?

Él se apartó sin decir nada. Ella entró.

La autoescuela estaba en silencio. La luz del flexo del *office* iluminaba débilmente el pasillo. Ian la llevó hasta el sofá y dijo:

—Siéntate. Tienes mala cara.

—Gracias, tú también.

Él sonrió.

—Me refería a...

—Ya sé a qué te referías. Es coña.

—Ah.

Se sentó en el sofá. Él se quedó de pie, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Quieres algo? ¿Agua? —preguntó.

—Té, creo que tengo.

—Vale, voy a buscarlo.

Ian desapareció un momento. Vega se quedó mirando la pared, igual que en su casa. Los nervios no se habían ido. Al contrario. Ahora, además, estaba allí, con él.

Volvió con dos tazas humeantes. Le tendió una y se sentó a su lado, dejando un poco de distancia entre los dos.

—Toma.

Vega cogió la taza. El calor le quemó las manos. Pero no la soltó.

—Gracias.

—No me las des.

—Otra vez con eso. Que sí, que te las doy. Por lo de antes y por esto.

Ian se encogió de hombros. Bebió un sorbo de su taza.

—¿Estás mejor? —preguntó.

—No lo sé. Todavía tiemblo.

Él la miró. Ella tenía la taza entre las manos, pero seguía tiritando. Un temblor fino, casi imperceptible, pero él lo vio.

—Es el *shock* —dijo—. Pasará.

—Ya.

Silencio. Luego él dejó su taza en la mesa y se giró hacia ella.

—Vega.

—¿Qué?

—¿Te importa?

No esperó a que respondiera. Le cogió las manos. Las suyas eran grandes, cálidas, y rodearon las de ella con suavidad. Vega sintió el calor extenderse por los dedos, por las palmas, por las muñecas.

—Así mejor —murmuró él.

Ella no dijo nada. Solo lo miró. Tenía la cabeza inclinada, concentrado en las manos de ella, frotando suavemente para quitarle el frío.

Y entonces, sin saber muy bien cómo, Vega sintió que la tiritona se iba. Pero apareció otra cosa. Un cosquilleo. Un calor diferente.

Ian siguió frotando. Subió por sus brazos, despacio, con las manos abiertas, como si la estuviera despertando. Vega cerró los ojos.

—¿Mejor? —preguntó él.

—Sí.

Mentira. No era mejor. Era peor. Porque ahora no era frío lo que sentía. Era otra cosa.

Ian siguió. Llegó a sus hombros. Los presionó suavemente, deshaciendo nudos que ella no sabía que tenía. Luego bajó por la espalda, en un movimiento lento, casi hipnótico.

Vega abrió los ojos. Lo tenía delante. Muy cerca. La cara de él a la altura de la suya.

—Iker... —susurró.

Él no contestó. Solo la miró. Y luego, muy despacio, llevó una mano a su propia cara. Se frotó el ojo derecho. Luego el izquierdo.

Y se quitó las lentillas.

Los ojos grises aparecieron bajo la luz tenue del flexo. Esos ojos que ella había visto cien veces en revistas y en pantallas, pero que nunca había tenido tan cerca. Tan reales. Tan... humanos.

—Así te veo mejor —dijo él en voz baja.

Vega no pudo responder. Se quedó atrapada en esa mirada. En el gris de sus iris, en las pequeñas vetas más oscuras, en la forma en que la luz se reflejaba.

Él levantó una mano y le rozó la mejilla. Con el dorso de los dedos, despacio, como si ella fuera de cristal.

—Todavía tiemblas —murmuró.

—Ya no es de frío.

Él sonrió. Una sonrisa pequeña, tierna, que le arrugó las comisuras de la boca.

Y entonces la besó.

Fue un beso dulce al principio. Un roce de labios, una pregunta. Vega respondió. Y entonces él profundizó.

La mano de él en su nuca, los dedos enredándose en su pelo. La otra mano en su cintura, atrayéndola hacia él. Los labios de él, suaves pero firmes, sabiendo exactamente lo que hacían. La lengua de él, encontrando la de ella, bailando despacio, sin prisas.

Vega sintió que se derretía. Que el sofá desaparecía, que la autoescuela desaparecía, que todo desaparecía excepto la boca de él, las manos de él, el calor de él.

Era dulce. Era erótico. Era como si llevaran años esperando ese momento.

Ella le devolvió el beso con la misma intensidad, agarrándole la sudadera, pegándose a él. Notó su pecho contra el de él, su corazón latiendo tan fuerte como el de Ian.

No sabía cuánto tiempo pasó. Un minuto. Diez. Una eternidad.

Hasta que, de repente, Vega abrió los ojos.

Lo vio. Lo vio a él, con los ojos cerrados, los labios aún en los suyos, la expresión de quien habia encontrado un oasis en medio del desierto.

Y entró en pánico.

Se apartó de golpe. Se levantó del sofá como si le hubiera picado una avispa. La taza de té cayó al suelo y se rompió, pero ni la miró.

—Vega... —dijo él, incorporándose.

—No.

—Escucha...

—No, no, no.

Ella retrocedió hacia la puerta, con las manos temblorosas, la respiración entrecortada.

—Vega, por favor...

—Me tengo que ir.

—No te vayas así.

Pero ella ya había abierto la puerta. Ya estaba en el pasillo. Ya corría hacia la salida.

—¡Vega!

La voz de él resonó en el silencio de la autoescuela. Pero ella no se detuvo.

Salió a la calle, al frío de la madrugada. Salió pitando.

Y mientras iba hacia su casa, con las lágrimas rodándole por las mejillas, solo podía pensar en una cosa:

Sus ojos grises.

Su boca.

Su culpa.

Y que acababa de meter la pata hasta el fondo.

CAPÍTULO 10



LECCIÓN MAGISTRAL

Vega aparcó el coche delante de la autoescuela. Llevaba una bolsa de plástico en el asiento de al lado. Dentro había un táper con lentejas, otro con tortilla de patatas, una barra de pan y una botella de agua. No era un desayuno, pero eran las diez de la mañana y el desgraciado ese no podía vivir solo de café malo y galletas.

—No es por nada —se dijo mientras bajaba del coche—. Es que no quiero que se me muera un empleado. Mala publicidad.

Empujó la puerta. La autoescuela olía a limpio, lo cual era sospechoso. Ian estaba en el *office*, pasando una bayeta por la encimera.

—¿Qué haces?

—Limpiar.

—Ya, pero ¿por qué?

—Porque duermo aquí. No voy a vivir en una pocilga.

Vega dejó la bolsa en la mesa.

—Traigo comida.

Ian levantó la vista. Esa mirada suya, la de los ojos marrones con lentillas, pero que ella ya sabía que escondían unos grises porque ya los había mostrado y que la volvían majareta perdida. Eran pura fantasía.

—¿Comida?

—Lentejas. Tortilla. Pan. No me mires así, que no es para tanto.

—No he dicho nada.

—Lo has pensado.

Él sonrió. Esa sonrisilla suya tan aparentemente inocente, pero que le daba un vuelco en el corazón y se le caían las bragas…

—Gracias.

—No me las des. Si te mueres de hambre, luego tendré que dar explicaciones a la policía.

Ian cogió la bolsa y la abrió. El olor a tortilla recién hecha inundó el *office*.

—Huele bien.

—Ya te digo. Laura es una artista.

—¿Laura? ¿Tu amiga?

—Bueno, yo la he calentado esta mañana. Pero la hizo ella ayer. Cuando se aburre, cocina. No preguntes que no soy tu madre.

Ian metió la nariz en la bolsa.

—Huele a hogar.

—No te pongas tan intenso a las diez de la mañana, que se me estropea el día.

Se rieron. Un momento fácil, sencillo. Como si lo de la noche anterior no hubiera ocurrido.

—A las once viene un alumno nuevo —dijo Vega, cambiando de tema—. Un chaval de dieciocho años, con el teórico recién aprobado. Estos son los peores.

—¿Por qué?

—Porque se lo saben todo de memoria y no tienen ni puta idea de conducir. Luego se creen que son Fernando Alonso y acaban estampados contra una farola.

Ian asintió, con esa expresión de «ya veremos».

❁❁❁

A las once menos cinco, la puerta se abrió de par en par y apareció él.

Y cuando Vega decía «él», no se refería a un alumno sino a un espécimen.

El chaval tendría dieciocho, diecinueve años a lo sumo. Llevaba una sudadera negra de Ralph Lauren, unas zapatillas que valían más que el sueldo de Vega en un mes, y una cara de «yo controlo» que pedía una hostia a gritos.

—¿Vega? —preguntó sin saludar, mirándola de arriba a abajo como si fuera un mueble.

—La misma. ¿Tú eres Alejandro?

—Álex. Nadie me llama Alejandro. Y ya he conducido con mi padre…

—Pues yo te llamaré Alejandro hasta que me demuestres que mereces que te llame de otra forma. ¿Entendido?

El chaval arqueó una ceja. Luego miró a Ian, que estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—¿Y este quién es?

—Iker. Copiloto. No le des importancia.

—Vale, vale. ¿Dónde está el coche? Tengo prisa.

Ian y Vega intercambiaron una mirada.

—Venga —dijo ella, cogiendo las llaves—. Vamos.

❁❁❁

Salieron al patio. El Toyota azul esperaba como un caballo percherón. Álex se tiró al asiento del conductor como si fuera el dueño del mundo, sin ajustar nada, sin mirar los espejos, sin ponerse el cinturón.

—Cinturón —dijo Vega.

—Ah, sí.

Se lo puso mal. Vega suspiró y se lo ajustó ella misma.

—Espejos.

—¿Para qué? Si yo veo bien.

—Espejos. Ahora.

El chaval los movió un poco, sin convicción.

—Arranca.

El coche arrancó. Salieron del patio como una exhalación. Ian a pesar de llevar el cinturón, se apoyó en el respaldo trasero sin hacer ruido.

—Gira a la derecha —indicó Vega.

Álex giró. Sin intermitente. Un coche que venía de frente tuvo que frenar y tocó el claxon.

—¡Te he dicho que pongas el intermitente, coño que no eres invisible! —le espetó Vega.

—No venía nadie.

—¡Que no venía nadie, dice! ¿Tienes ojos en la cara o los has dejado en casa?

El chaval puso los ojos en blanco. Ian contuvo la risa.

Llegaron a una rotonda. La rotonda maldita, por supuesto.

—Pilla la segunda salida —dijo Vega.

Álex entró en la rotonda sin mirar, sin ceder el paso, y casi se llevó por delante a un señor que conducía un Seat Panda. El conductor tocó el claxon. Álex le sacó el dedo.

—¿Pero tú estás loco? —gritó Vega—. ¡Eso es un ser humano, no un obstáculo!

—No me ha visto.

—¡Porque tú has cometido una infracción primero! ¡Hay que mirar!

Salieron de la rotonda. Álex aceleró. El límite era cincuenta, pero el velocímetro marcaba sesenta y cinco.

—Frena, que hay un radar.

—No pasa nada, voy con cuidado.

—¡Que no pasa nada, dice! Cuando me llegue la multa a casa, ya veremos si no pasa nada.

El chaval resopló. Ian, desde atrás, observaba en silencio. Pero se le notaba en la mandíbula que apretaba los dientes.

Llegaron a una recta. Álex volvió a acelerar. Setenta. Ochenta.

—¡Ochenta en zona urbana! —Vega ya estaba roja—. ¡Frena o te juro que te bajo del coche ahora mismo!

—Es que este coche no tira nada —se quejó él, como si fuera culpa del Toyota.

Y entonces Ian habló.

—Para.

No levantó la voz. No hizo falta.

Álex le miró por el retrovisor.

—¿Qué?

—Que pares el coche. Ahora.

Vega miró a Ian. No sabía qué iba a pasar, pero algo le dijo que era mejor callarse.

Álex frenó y paró en el arcén.

—¿Qué pasa?

—Bájate —dijo Ian.

—¿Cómo?

—Bájate. Vas a aprender lo que es conducir de verdad.

El chaval abrió la boca, pero Ian ya había salido del coche y estaba abriendo la puerta del conductor.

—¡Eh, que es mi clase! —protestó Álex.

—Ya no. Bájate y observa.

Algo en la mirada de Ian hizo que el chaval obedeciera. Se bajó, refunfuñando, y se metió en el asiento de atrás.

Ian se sentó al volante. Ajustó el asiento, el espejo, el cinturón, todo con una precisión milimétrica.

—Sujétate —susurró a Vega.

Y entonces arrancó.

El coche salió suave. Pero no como un utilitario normal, sino como si tuviera un motor de Fórmula 1 escondido. Ian metió la primera, segunda y tercera en una secuencia tan rápida que parecía un videojuego.

Llegaron a la rotonda.

Frenó antes de entrar. Miró. Cedió el paso. Se incorporó en el momento justo.

—¿Ves? —dijo, sin mirar atrás—. Así se coge una rotonda. Hay que saber correr y aprender cuándo no hay que hacerlo.

Salieron.

Mantuvo la velocidad. Constante. Sin brusquedad.

—El coche no es el problema —añadió—. Eres tú.

Llegó una curva cerrada. Ian no frenó de golpe. Metió una marcha corta, soltó el acelerador un instante, giró el volante y el coche hizo la curva como si hubiera raíles. La inercia pegó a Vega contra la puerta, pero Ian ya estaba enderezando, acelerando de nuevo.

—¡Joder! —exclamó Álex.

—Eso es una trazada —dijo Ian—. Eso es conocer el coche, saber dónde está el límite, respetar la máquina y la carretera. No es ir a lo loco sin mirar.

Al llegar a otra rotonda de una urbanización la cogió de manera diferente aprovechando que no había nadie. El coche derrapó ligeramente, solo lo justo para que Vega sintiera el culo del vehículo moverse, pero Ian lo controló con un movimiento mínimo del volante, perfecto.

—¿Ves? Eso es un derrape controlado. No es provocar un accidente. Es saber lo que haces.

Salieron de la rotonda y enfiló una recta. De repente, frenó en seco. El coche se detuvo como si hubiera chocado con una pared, pero sin patinar, sin perder el control.

—Y eso es frenar —dijo Ian—. Con distancia, con seguridad, con conocimiento. No es llegar y clavar el pie como un animal.

Se giró hacia atrás y miró a Álex. El chaval estaba pálido, con los ojos como platos y las manos agarradas al asiento delantero.

—¿Te ha quedado claro? —preguntó Ian.

Álex asintió sin decir nada.

—Pues ahora, cuando conduzcas así, cuando sepas respetar el coche, la carretera y a la gente, entonces podrás quejarte de que el coche no tira. Hasta entonces, tu puto problema es aprobar el examen, aprenderte el código de circulación, y hacer caso a tu profesora. ¿Estamos?

—Sí —susurró Álex.

—No te oigo.

—¡Sí!

—Pues venga, cambiamos los puestos y tú conduces. Pero con cuidado. Un solo acelerón de más y te bajo y te haces el resto de la clase andando.

Álex se cambió al asiento del conductor con la velocidad de un resorte. Ian volvió atrás. Vega lo miró por el retrovisor con una expresión que era mitad sorpresa, mitad admiración.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada. Que no está mal para un fantasma.

Ian sonrió. Esa sonrisa un día la iba a matar a disgustos.

El resto de la clase, Álex condujo como un angelito. Respetó los límites, puso los intermitentes, miró los espejos, y en la rotonda maldita cedió el paso y salió por la segunda salida como Dios mandaba.

Cuando volvieron a la autoescuela, el chaval bajó del coche temblando.

—¿La semana que viene... puede darme clase tu copiloto? —preguntó, mirando a Ian con un respeto nuevo.

—Con tu profesora —corrigió Ian—. Yo solo soy un observador.

Álex asintió, pagó sus treinta euros y se fue sin decir ni mu.

Vega se quedó en la puerta, viéndole alejarse. Luego se giró hacia Ian.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿El qué?

—Lo de conducir así. Lo de las trazadas, los derrapes, las frenadas.

Ian se encogió de hombros.

—No sé. Lo llevo dentro.

—Ya, pero... —Vega lo miró fijamente—. Eso no lo hace cualquiera.

—Tú tampoco eres cualquiera.

Se miraron. Un momento largo, intenso.

Luego Vega desvió la mirada, porque no era solo por cómo conducía, sino por cómo daba órdenes.

—Bueno, pues... gracias. Por lo del chaval. Ya verás como la próxima semana viene domesticado.

—Eso espero.

Se hizo un silencio cómodo. El sol de mediodía entraba por la puerta.

—Oye —dijo Vega de repente—. Lo de anoche...

—No pasó nada. Lo dijiste tú.

—Ya, pero...

—Vega —la interrumpió él—. Tú mandas. Lo que tú digas.

Ella lo miró. Quiso decir algo, pero no supo qué.

En su lugar, señaló la bolsa de la comida.

—Las lentejas. Caliéntalas y comételas.

Y se fue hacia el ordenador, a teclear cosas sin importancia para disimular. Un día de estos como siguiera así escribiría una novelita rosa.

Ian cogió la bolsa y se sentó en el sofá del *office*. Abrió el táper. El olor a lentejas llenó la estancia.

—Huele como la comida de mi madre —dijo en voz baja.

Vega, desde la recepción, sonrió sin que él la viera.

—Idiota —murmuró.

Y siguió tecleando.

CAPÍTULO 11



LA HUIDA

Las siete de la mañana. Madrid olía a asfalto mojado y las farolas aún seguían encendidas. Vega aparcó su BMW Serie 1 delante de la autoescuela, apagó el motor y cogió el termo de café del asiento de al lado. El frío le calaba hasta los huesos mientras bajaba del coche con las llaves en la otra mano.

Y entonces lo vio.

Se quedó quieta. El termo resbaló de sus dedos y se estrelló contra el suelo. El café salpicó sus deportivas, pero ni se enteró.

Allí, en la puerta, había dos ratas.

Muertas.

Con la cabeza casi separada, sujetada por un hilo de piel.

Las habían dejado apoyadas contra el cristal, como si estuvieran esperando a que abriera.

Vega notó que las piernas le temblaban. Dio un paso atrás. Otro. La espalda chocó con el capó de su BMW.

—Vega.

La voz la sacudió. Se giró. Ian estaba en la puerta de la autoescuela, con la sudadera gris de su padre y el pelo revuelto de quien acababa de despertarse. Había oído el golpe del termo y había salido.

—No mires —dijo ella, pero ya era tarde.

Ian se acercó a las ratas despacio. Se agachó y las observó en silencio.

—Llevan aquí toda la noche —dijo en voz baja—. Están tiesas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Por la rigidez. Y la sangre seca.

Vega sintió arcadas. Iba a decir algo, a gritarle que las dejara, que entraran, que llamaran a alguien...

Pero no pudo.

Porque en ese momento, un ruido le heló la sangre.

Un motor. Acelerando. Demasiado cerca.

Los dos miraron a la vez.

Un coche negro, sin luces, dobló la esquina a toda hostia y se plantó en medio de la calle. Las ventanillas delanteras bajaron al mismo tiempo, como si estuviera ensayado a conciencia.

Y entonces vieron los brazos. Las manos. Las pistolas.

—¡Vega! —gritó Ian.

Los disparos rompieron el silencio de la mañana. Balazos contra la fachada, contra el cristal de la autoescuela, contra el BMW. Vega sintió el aire desplazarse a su lado, como un zumbido cerca de la oreja.

No pensó. No tuvo tiempo. Solo actuó.

Corrió hacia el coche, abrió la puerta, se tiró al asiento. Ian la siguió, saltó al de al lado mientras ella metía la llave y arrancaba.

—¡Agárrate! —gritó ella.

Metió la marcha atrás y salió derrapando mientras otro disparo dio de refilón a la luna trasera. El coche negro ya giraba para seguirlos.

Vega no miró a Ian. No necesitaba sus indicaciones. Metió primera y aceleró.

—¡A la derecha! —gritó él.

—¡Cállate!

—¿Cómo?

—¡Que te calles, que conduzco yo!

Giró a la izquierda. Él había dicho derecha, pero le dio igual. Conocía esas calles. Había crecido allí.

El coche derrapó, casi se subió a la acera, pero ella lo enderezó y aceleró. Sesenta. Setenta. Ochenta por una calle de treinta.

—¡Acelera! —gritó él.

—¡Ya voy, coño!

Un semáforo en rojo. Se lo saltó. Un taxi tuvo que frenar en seco y les tocó el claxon. Vega le respondió con el dedo corazón sin apartar la vista de la carretera.

Miró por el retrovisor. El coche negro ganaba terreno.

—¡Van a pillarnos! —gritó Ian.

—¡No van a pillarnos!

Giró a la derecha, luego a la izquierda, y se metió por un callejón que solo conocía ella. Los espejos rozaron las paredes. El coche negro no pudo seguirlos. Perdieron unos segundos.

Vega salió del callejón, cruzó una plaza en dirección prohibida y se metió por otra calle estrecha. El motor del BMW rugía, pero ella lo controlaba como si supiera exactamente cómo hacerlo antes de que reaccionara el coche.

—¿Por dónde vas? —preguntó Ian, agarrándose al salpicadero.

—Por donde sé.

—¡Pero si esto es dirección contraria!

—¡Ya lo sé!

Un camión de la basura frenó en seco y les tocó el claxon. Ella lo ignoró. Siguió recto, giró en la siguiente, y de repente vio la entrada de un parking subterráneo.

No lo dudó. Bajó la rampa a toda hostia, apagó las luces y se metió entre dos furgonetas en la segunda planta.

Apagó el motor.

Silencio. Uno muy limpio y sanador después del ruido.

Los dos respiraban agitados, como si hubieran corrido una maratón. El corazón de Vega latía tan fuerte que le dolía el pecho.

Esperaron. Un minuto. Dos.

El coche negro no apareció.

—Joder —susurró Ian.

—Eso mismo.

Se miraron. Ella tenía cristales en el pelo, las manos aún aferradas al volante, los nudillos blancos. Él estaba pálido, con los ojos muy abiertos, las lentillas marrones aún puestas.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—No. Pero estoy viva.

—Ha sido increíble.

—Ha sido una puta mierda.

Ian sonrió a pesar de todo.

—Eres increíble.

—Ya lo sé. Y tú un coñazo con tanto «a la izquierda, a la derecha».

—Es que no sabes cuál es tu izquierda.

—Sé perfectamente cuál es mi izquierda. Otra cosa es que no me dé la gana usarla.

Se rieron. Una risa nerviosa, histérica, de esas que salían cuando el peligro había pasado y el cuerpo no sabía cómo soltar la tensión.

Cuando se calmaron, Vega se giró hacia él.

—Oye —dijo—. Una cosa.

—Dime.

—¿Tú de verdad te crees que soy gilipollas?

Ian parpadeó.

—¿Cómo?

—Que si te piensas que soy gilipollas. Que llevo días haciéndome la tonta contigo, llamándote Iker, fingiendo que no me suena tu puta cara de las revistas y de la tele. Que te reconocí en el trastero, ¡joder! La primera noche. Con esos ojos de mierda que no sabes esconder.

Él abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir.

—Vega...

—No, no me digas Vega con esa voz de cordero degollado. Que estoy hasta el coño de disimular. Que acaban de tirotearnos. Que hay dos ratas muertas en la puerta de mi autoescuela. Que llevas días durmiendo en mi sofá y yo haciéndome la loca. ¡Y encima me besas!

Las palabras salían sin filtro, mezcladas con lágrimas que no sabía si eran de miedo o de rabia.

Ian la miró fijamente. Luego, muy despacio, se llevó las manos a los ojos y se quitó las lentillas.

Los ojos grises aparecieron en la penumbra del parking.

—Me llamo Ian —dijo.

—Ya lo sé.

—Y tengo miedo.

—Ya lo sé.

—Y no sé qué hacer.

—Ya lo sé. Y yo tampoco. Pero ya está bien de mentiras. ¿Entendido? Ya está bien.

Él asintió.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora seguimos vivos. Y eso es más de lo que esperábamos hace diez minutos.

Ian sonrió.

—Eres la tía más rara que he conocido.

—Ya lo sé. Y tú el tío más complicado.

Se miraron. Y en medio del *parking* oscuro, con el coche lleno de cristales y el corazón a mil, Vega sintió que algo había cambiado.

Ya no había mentiras.

—Vale —dijo ella—. Ahora tenemos que pensar qué hacemos.

—Primero —dijo Ian—. Tenemos que saber qué ha pasado. ¿La radio del coche funciona?

Vega pulsó el botón. La voz de una locutora llenó el habitáculo.

—«...continúa la búsqueda del piloto de Fórmula 1, Ian Campbell, desaparecido desde hace una semana. Fuentes de la escudería confirman que había recibido amenazas antes del último Gran Premio. La policía no descarta ninguna hipótesis, aunque sospechan que pueda tratarse de un ajuste de cuentas relacionado con apuestas ilegales..."

Ian apagó la radio de golpe.

—Ya sabes lo que ha pasado —dijo Vega—. Eres el puto protagonista de los telediarios.

—Solo te pido que no me llames Campbell.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Ian. Solo Ian.

Vega asintió.

—Vale, Ian. ¿Tienes algún sitio donde podamos escondernos?

Ian dudó. Luego metió la mano en la mochila y sacó una bolsa de plástico. De dentro, extrajo tres teléfonos móviles baratos, de esos que venden en el mercado negro.

—¿Qué es eso?

—Móviles de usar y tirar. Los compré cuando... cuando empezó todo. Para comunicarme con mi madre.

—¿Y tu madre sabe dónde estás?

—No. Le dije que desapareciera, que se fuera a un sitio seguro. No sé nada de ella desde entonces.

Vega sintió un nudo en el estómago.

—Joder, Ian.

—Ya.

Se quedaron en silencio un momento. Luego Vega cogió uno de los móviles.

—¿Funcionan?

—Sí. Tienen saldo. Los voy rotando para que no puedan localizarme.

—Pues vamos a necesitarlos. ¿No los has registrado? Vale, no me cuentes tu vida…

Guardó el móvil en el bolsillo y se quedó pensando.

—Tengo una idea —dijo—. Pero es una puta locura.

—Llevamos una semana de puta locura. Una más no importa.

Vega sonrió a pesar de todo.

—Hay un sitio. Una cabaña. Está en la sierra, en medio de un bosque de esos que no pisa nadie. Era de unos amigos de mi padre, cazadores. Lleva años cerrada, pero tiene techo, chimenea y está tan escondida que ni los guardias civiles saben que existe.

—¿Seguro?

—Fui una vez, con mi padre, cuando era pequeña. Tardamos tres horas en encontrarla y él sabía el camino. Nadie va a buscarnos allí.

Ian la miró fijamente.

—¿Estás segura? —repitió nuevamente.

—No. Pero es lo único que se me ocurre.

Él asintió.

—Vale. Vamos.

Ella arrancó el coche. Los cristales de la luna trasera podría aguantar… A la salida del *parking*, se detuvo un segundo. Miró.

La calle seguía vacía.

—Agárrate —dijo.

Y aceleró.

El BMW salió del *parking* como una bala.

Detrás quedó la ciudad.

Delante… nada seguro.

Y eso era exactamente lo que necesitaban.

CAPÍTULO 12



LA CABAÑA

Tres horas largas de carretera…

Autovía, luego carretera secundaria, luego camino de tierra. Y después… nada.

El BMW, con la luna trasera medio reventada y los cristales tintineando en cada bache, se fue adentrando en la sierra como un animal herido buscando dónde esconderse.

Vega no habló en todo el trayecto. Solo conducía, con los nudillos blancos agarrados al volante, la mirada fija en la carretera.

Ian lo intentó un par de veces, pero había decidido no abrir la boca. No era el momento.

Cuando el camino desapareció y solo quedó un sendero de tierra entre pinos, Vega apagó el motor.

—A partir de aquí se va andando —dijo.

—¿Seguro que esto lleva a algún sitio?

—No. Pero es lo que hay.

Cogieron las mochilas. Ian la siguió. Ella caminaba con paso firme, esquivando ramas, piedras, pendientes.

Veinte minutos después, la cabaña apareció entre la maleza.

Era más pequeña de lo que recordaba. Estaba más hundida. Y el lugar parecía más triste de lo que recordaba.

Dentro olía a humedad, a polvo, a años de abandono. Pero había lo prometido: una chimenea de piedra, un par de camastros

con colchones enrollados, una mesa coja y un par de sillas. Y en un rincón, una pila de leña seca.

—No está mal —dijo Ian.

—Es una puta mierda. Pero es nuestra.

Vega dejó la mochila en el suelo y se quedó mirando la chimenea.

Las manos aún le temblaban.

—¿Sabes encender eso? —preguntó Ian.

—Mi padre me enseñó.

Se agachó y empezó a colocar la leña, preparar la hojarasca y abrir el tiro.

—¿Tienes mechero?

—Sí.

Se lo tendió. Ella lo cogió. Sus dedos se rozaron. Fue solo un segundo, pero los dos lo notaron.

Prendió el fuego.

Las llamas tardaron en aparecer, pero acabaron iluminando y dando calor a la estancia.

Se sentaron en el suelo. Uno al lado del otro.

El silencio se alargó.

Luego Ian dijo:

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué?

—Todo. Ayudarme. Quedarte. Meterte en esto.

Vega lo miró.

—Porque soy gilipollas.

—No.

—Sí.

El tiempo pasó despacio. Hablaron de cosas sin importancia. Del frío que hacía. De lo mal que estaba el colchón. De si habría jabalíes por la zona. Ella le contó lo de las excursiones con su padre, las historias de caza, los amigos que ya no veía. Él le contó cosas de su infancia, del tiempo que vivió en Australia, de playas que ella solo había visto en fotos. De otra vida.

Cuando empezó a oscurecer, Vega encendió una vela que encontró en un cajón.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Sí. Pero no hay nada.

—En mi mochila hay galletas. Y un par de latas.

—¿Latas de qué?

—De atún. Y una de fabada.

—¡Joder!

—No te quejes, las judías son muy energéticas.

Comieron en silencio.

Las miradas se encontraban sin querer.

—Ian —dijo ella.

—Dime.

—Tienes que llamar a tu madre. Con uno de esos móviles.

—No hay cobertura aquí.

—Pues cuando la haya.

El fuego crepitaba…

—Ian —dijo ella otra vez.

—¿Qué?

—Lo del beso...

—No hace falta que hablemos de eso.

—Yo sí lo necesito.

Él la miró.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó él.

—No lo sé. Solo sé que no puedo dejar de pensar en ello.

Ian se levantó. Se acercó. Se sentó a su lado, muy cerca. Tanto que ella podía sentir el calor de su cuerpo.

—Vega...

No terminó la frase.

Escucharon un ruido.

Un motor de un coche.

Los dos se tensaron.

Ian apagó la vela. Vega miró por la rendija de la ventana.

—Luces —susurró—. Abajo. En el camino.

—¿Cuántas?

—No sé. Varias. Se mueven.

El motor se apagó. Luego, oyeron voces:

—...el coche está ahí...

—...han subido andando...

—...tiene que ser la cabaña esa...

Ian miró alrededor. La cabaña no tenía más que una puerta. Y esa puerta daba directamente al claro.

—No podemos salir por ahí —susurró.

—Detrás —dijo Vega señalando una puerta que apenas se veía en la penumbra—. Hay un cuarto. Y creo que da a otra salida. Los cazadores la usaban para mear sin salir al bosque.

No lo dudaron. Entraron en el cuartucho con olor a humedad y a orín. Al fondo había una trampilla.

Vega la levantó.

Sintió el aire frío bofeteándole la cara.

—Vamos —susurró.

Salieron al bosque justo cuando los hombres entraban en la cabaña.

—¡Está vacía!

—¡Mira, el fuego! ¡Han estado aquí hace nada!

—¡Registradlo todo!

Ian y Vega corrieron. Sin luz. Sin rumbo. A través del bosque…

Las ramas les azotaban la cara. Las zarzas se enganchaban en su ropa. Vega sintió un arañazo en la pierna, pero no paró. Ian tropezó con una raíz y cayó, ella lo agarró del brazo y lo levantó sin dejar de correr.

—¡Por ahí! ¡Los oigo!

—¡Separaos!

El bosque se volvió una trampa.

Cada sombra era un enemigo. Cada ruido, un disparo. No sabían hacia dónde iban. Solo que no podían parar.

Corrieron hasta que se quedaron sin aire. Hasta que las piernas ya no respondían. Hasta que las voces desaparecieron.

Se detuvieron junto a un arroyo.

Vega miró atrás. Solo vio oscuridad.

—¿Los... los hemos perdido? —preguntó entre jadeos.

Ian asintió, sin poder hablar.

Se dejaron caer contra un árbol. El sudor se helaba en la piel. Temblaban.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió él—. Pero no podemos quedarnos aquí. Si nos buscan con perros...

—Lo sé.

Se miraron.

—Vega —dijo él—. Siento haberte metido en esto.

—Cállate. Ya estoy metida.

—Podrías irte. Decir que no sabes nada.

—Y dejarte aquí, solo, con esos hijos de puta detrás. ¿Tú me ves cara de cobarde?

Él no dijo nada. Solo le apretó la mano.

Siguieron caminando. Sin rumbo, sin luces, solo guiándose por las estrellas y por el instinto. Durante horas. Hasta que amaneció.

Y entonces vieron el pueblo.

Pequeño. De piedra, con calles empinadas.

Vieron un bar abierto.

—¿Entramos? —preguntó Ian.

—No tenemos otra opción.

Vega pidió dos cafés. La mujer los miró raro, pero no dijo nada.

—¿Tienes cobertura? —susurró Vega.

Ian sacó uno de los móviles. Dos rayas.

—Llama a Laura —dijo ella—. Necesito saber qué pasa.

—¿A Laura?

—Sí. Yo te marco…

Nada.

—No contesta.

—Sigue intentándolo.

Al tercer intento, respondió.

—¿Vega? —la voz de Laura, sonaba rota.

—Soy Ian. Vega está conmigo.

—Ian —Laura respiró hondo—. ¿Estáis bien?

—Sí. Pero necesitamos saber qué pasa. ¿Has visto las noticias?

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Largo. Demasiado largo.

—Laura —dijo Ian—. ¿Qué pasa?

—Ian... —Laura dudó. Su voz temblaba—. No sé cómo decirte esto.

—Dímelo.

—Han encontrado a tu madre.

El corazón de Ian se aceleró.

—¿Cómo?

—En una cabaña

Ian apretó el móvil con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Está...?

—Muerta —la voz de Laura se quebró.

Ian no dijo nada. No podía. Las palabras no le salían.

—Ian… Lo siento.

Él cerró los ojos. Colgó.

Vega lo miró. Vio cómo se desmoronaba, cómo se le iba el color, cómo las manos le empezaban a temblar.

—Ian —susurró.

—Han matado a mi madre.

Se levantó. Salió del bar. Se quedó en la calle, apoyado contra la pared, mirando al infinito.

Vega pagó los cafés y salió tras él. Se puso a su lado. No dijo nada. Solo le cogió la mano.

Él la apretó. Con fuerza. Como si ella fuera lo único que le quedaba en el mundo.

—Vega —dijo al cabo de un rato.

—Dime.

—No sé qué hacer.

—No tienes que hacer nada. Solo seguir vivo.

—¿Y para qué?

Ella lo miró fijamente. Le sujetó la cara con las manos.

—Para que esos hijos de puta no ganen. Para que tu madre no haya muerto en vano. Para eso.

Ian la miró.

En sus ojos ya no había miedo.

Había otra cosa.

—Vale —dijo.

—¿Vale?

—Vale.

Se quedaron allí.

En ese pueblo perdido.

Con la mañana entrando despacio en sus vidas.

Y sin saber que, a partir de ese momento, ya no estaban huyendo.

Estaban en guerra.

CAPÍTULO 13



EL PESO DEL SILENCIO

El pueblo olía a leña y el silencio se notaba en el aire. Eran las ocho de la mañana y las calles empedradas aún conservaban las sombras alargadas de la noche. Ian y Vega seguían apoyados contra la pared del bar, ella con una mano en su brazo, él con la mirada perdida en las montañas.

Dentro, los viejos del lugar habían entrado a tomar café. La mujer de la barra los miraba de vez en cuando por la ventana.

Ian no había soltado la mano de Vega desde que salieron. La apretaba con fuerza, como si ella fuera lo único que lo mantuviera en pie.

—Ian —dijo ella en voz baja—. Tenemos que movernos.

No respondió.

—Ian, escúchame. Esos hijos de puta nos han seguido hasta la cabaña. Han matado a tu madre. Y ahora mismo están en el monte buscándonos. No podemos quedarnos aquí.

Él parpadeó. Como si las palabras de ella tardaran en llegar.

—¿Adónde vamos? —preguntó al fin. La voz le salió rota, cascada.

Vega miró alrededor. El pueblo no tenía más de cien habitantes. Una iglesia, una plaza, tres calles, y una carretera que subía hacia el puerto de montaña.

—¿El coche? —preguntó él.

—No podemos volver a por él. Está en el camino de la cabaña. Seguro que ya lo han visto.

—Entonces...

—Andaremos hasta el siguiente pueblo y allí pediremos ayuda. No está lejos.

Ian asintió. Apena un gesto, pero que fue suficiente.

Empezaron a caminar. Salieron del pueblo por la carretera que subía al puerto. A ambos lados, pinos y más pinos. El asfalto estaba helado en las zonas de sombra. El frío les congelaba la cara y las manos.

Caminaron en silencio durante un buen rato. Solo se oían sus pasos. Y el viento.

—Vega —dijo Ian al cabo de un rato.

—Dime.

—Era por mí.

—¿El qué?

—Mi madre. La mataron por mí. Porque yo la mandé allí. Porque alguien habló.

Vega se paró. Le cogió por los hombros y le obligó a mirarla.

—Escúchame. Tú no mataste a tu madre. La mataron unos hijos de puta. Y no vas a cargar tú con eso. ¿Entendido?

Él la miró fijamente.

—¿Y qué hago con el dolor? —preguntó.

—Sentirlo. Y luego usarlo para seguir adelante. Para que no ganen.

Ian respiró hondo. Asintió.

Siguieron caminando.

❁❁❁

Dos horas después, llegaron a una gasolinera. Una de esas de carretera de montaña, con una tienda cutre, un bar anexo y cuatro camiones parados.

—¿Entramos? —preguntó Ian.

—Pues claro, necesitamos ayuda.

Entraron en el bar. Había cuatro camioneros desayunando en silencio y una televisión encendida en una de las esquinas del bar.

Vega pidió dos cafés y dos bocadillos. La mujer de la barra los miró con curiosidad, pero no dijo nada.

Ian se sentó de espaldas a la tele. Vega, de frente.

Y entonces lo vio.

En la pantalla, una foto de Ian. La de piloto, la de los anuncios, la de las revistas. Y al lado, otra.

Una mujer mayor, de pelo canoso y sonrisa amable.

La madre de Ian.

El rótulo decía: «Hallada muerta la madre del piloto desaparecido Ian Campbell. La policía investiga el asesinato»

Vega notó cómo se le helaba la sangre.

—Ian —susurró—. No mires.

Pero ya era tarde.

Se quedó inmóvil, con la taza de café a medio camino de su boca, los ojos clavados en la pantalla. Las imágenes se sucedían: la cabaña en el bosque, la cinta policial, los forenses entrando y saliendo.

—Lo siento —dijo Vega—. No quería...

—Está bien —la interrumpió él.—. Ya lo he visto.

Dejó la taza en la mesa con cuidado. Se pasó las manos por la cara. Se quedó así un momento, respirando hondo.

—Ian —dijo Vega—. Tenemos que llamar a Laura. Necesitamos saber más.

Él asintió. Sacó el móvil. Marcó.

Esta vez, Laura contestó al primer tono.

—¿Ian?

—Sí. Estamos en una gasolinera.

—¿Estáis bien?

—Sí. Pero necesitamos saber algo más sobre lo que pasó con mi madre.

—No tengo muchos detalles. Solo lo que dicen las noticias. Apareció en una cabaña de un bosque. La encontraron unos senderistas. Había sido... había sido asesinada… Pero la policía cree que tiene que ver con tu desaparición.

Ian cerró los ojos.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí. Han identificado a los hombres que os dispararon.

Ian y Vega se miraron.

—¿Quiénes son? —preguntó Ian.

—No dan nombres. Pero dicen que podrían estar relacionados con una red de apuestas ilegales. Que hubo amenazas antes del último Gran Premio. Que alguien quería que no corrieras.

Ian apretó el móvil con fuerza.

—Laura —dijo Vega, cogiendo el teléfono de la mano de Ian —. ¿Tú estás bien?

—Sí. Pero he tenido que irme de casa. Alguien llamó al telefonillo preguntando por ti. Dije que no estabas, pero...

—¿Pero qué?

—Pero no sé si me creyeron. Me he pirado por si acaso.

Vega sintió un nudo en el estómago.

—Laura, ten mucho cuidado. No hables con nadie. No digas nada.

—Lo sé. Vosotros también.

Colgaron.

El silencio se instaló entre ellos. Los camioneros seguían a lo suyo. La tele seguía con las noticias. La mujer de la barra les trajo los bocadillos a la mesa.

—Vega —dijo Ian al cabo de un rato.

—Dime.

—Ya no tengo a nadie.

Ella lo miró. Vio al hombre roto que tenía delante. Al que había conocido en un trastero, al que había escondido en su autoescuela, al que había besado...

—Me tienes a mí.

Él esbozó una sonrisa.

—Eres increíble.

Los ojos le empezaron a brillar de otra manera.

Y eso fue lo que asustó a Vega.

CAPÍTULO 14



LA VUELTA A LA TORTILLA

La gasolinera olía a diésel y a café recalentado. Los camioneros ya se habían ido. La mujer de la barra limpiaba con un trapo gris, mirando de reojo la tele donde repetían las noticias.

Vega e Ian seguían sentados junto a la ventana. Él con la taza de café ya fría entre las manos. Ella con los dedos aún enredados en los suyos.

En la televisión, la voz de la presentadora sonaba clara:

—…la Guardia Civil ha detenido esta madrugada a varios individuos armados en un control rutinario a unos kilómetros del puerto de montaña. En el vehículo se han encontrado varias armas de fuego…

Vega frunció el ceño.

—Ian… esos eran ellos.

Él asintió.

—Sí.

La presentadora siguió dando detalles, pero ninguno de los dos escuchaba ya.

Se hizo un silencio.

Vega apretó la mandíbula.

—Esto no ha hecho más que empezar.

Ian no respondió.

Y ahí fue cuando ella lo vio.

El cambio.

No fue algo evidente. Fue sutil. En cómo dejó la taza sin que le temblara la mano. En cómo levantó la mirada.

Los ojos grises ya no estaban hundidos.

La mirada era fría.

—Ian —dijo ella—. ¿Qué estás pensando?

Él la miró.

—Necesito que hagas algo por mí.

—Dime.

—Que vuelvas a Madrid. Que no digas a nadie que me has visto.

Vega parpadeó.

—¿Perdona?

—Han detenido a esos tíos. Pero esto no ha terminado. Solo ha cambiado.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Lo que tenía que haber hecho desde el principio.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no voy a arrastrarte más.

El silencio se tensó entre ellos.

Ian sacó uno de los móviles de prepago y lo dejó sobre la mesa.

—Quédate con este.

—No quiero tu móvil. Quiero saber qué coño vas a hacer.

—No te lo puedo decir.

Se levantó.

Vega también.

—Ian, no me jodas.

—Vega… Por favor.

Ese «por favor» sí sonaba sincero.

—Vuelve a Madrid. Quédate con Laura. Y no me delates.

—No.

—Prométemelo.

—No prometo nada.

Él soltó aire.

—Entonces miente bien.

Se dio la vuelta y salió de la gasolinera.

Vega tardó un segundo en reaccionar. Luego fue detrás.

—Ian.

Él ya estaba en el aparcamiento, hablando por teléfono.

—Sí. Recógeme en la gasolinera del puerto… ahora.

Colgó.

—¿Qué haces? —preguntó Vega.

—Irme.

—¿A dónde?

—A arreglar esto.

—¿Tú solo?

—Sí.

—Eres idiota.

—Probablemente.

El taxi llegó a los pocos minutos. Ian abrió la puerta.

—Cuídate.

—Vete a la mierda.

—Eso haré.

Se miraron un segundo.

Luego él se metió en el coche.

La puerta se cerró.

El coche arrancó y desapareció carretera abajo.

Vega se quedó quieta, con el móvil en la mano.

—Cabrón —murmuró.

Se giró, volvió a la gasolinera y sacó el móvil.

—¿Tenéis taxis por aquí que conozcan la zona? —preguntó a la mujer de la barra.

—Pocos —respondió ella—, pero alguno hay. ¿Dónde quieres ir?

—A un camino forestal, a unos kilómetros de aquí.

La mujer la miró raro, pero se encogió de hombros. Le dio una tarjeta con un número de teléfono.

Marcó…

Quince minutos después, un taxi apareció por la carretera.

Vega subió.

—Te indico yo —dijo.

El coche se internó en la sierra. Curvas, pinos, silencio.

—Aquí —dijo al cabo de un rato—. Para aquí.

El taxi se detuvo…

Vega pagó, bajó y esperó a que el coche desapareciera.

Entonces se giró hacia el bosque.

Caminó por el sendero.

Cinco minutos.

Diez.

Y allí estaba.

Su coche.

El BMW seguía donde lo había dejado, medio oculto entre los pinos, con la luna trasera medio rota y los cristales aún dentro.

—Hola, bonito.

Abrió la puerta, se sentó al volante y giró la llave.

El motor respondió.

Y, por primera vez desde que todo había empezado, sintió que volvía a tener el control.

❁❁❁

Dos horas después, estaba en Madrid.

No fue a su casa.

Ni de coña.

Con todo lo que había pasado, lo último que necesitaba era exponerse.

Fue directamente al piso donde se estaba quedando Laura. Un tercero sin ascensor en el centro, en la casa de un galerista que le había cedido una habitación mientras preparaba una exposición.

Laura abrió la puerta.

—Vega —dijo—. ¿Dónde está?

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

—Como que se ha pirado. Me ha dejado esto.

Le enseñó el móvil.

Laura lo cogió y lo encendió.

Había un par de contactos. Uno era el de la madre de Ian. El otro…

Louis CSN.

—¿Y esto qué es? —preguntó.

—Ni idea.

—¿Te ha dicho algo?

—Que no lo delate. Que me quite de en medio.

Laura resopló.

—Qué tío más imbécil.

—Gracias.

—De nada.

Vega se dejó caer en el sofá.

Laura seguía mirando el móvil.

—¿Llamamos?

Vega dudó un segundo.

—Sí.

Laura pulsó el contacto y puso el altavoz.

Sonó.

Una vez.

Dos.

A la tercera, una voz automática, impersonal, saltó:

—*Welcome to Casino Le Louis. For English, press one.*

Un segundo después cambió de idioma:

—*Bienvenue au Casino Le Louis. Pour le service en français, appuyez sur un.*

Y por fin, en castellano:

—Bienvenidos al Casino Le Louis. Si desea hablar con administración, pulse uno. Si desea información sobre eventos, pulse dos. Para reservas, pulse tres…

Vega y Laura se miraron.

—Vale —murmuró Vega—. No es un colega. Es un puto sitio.

Laura ladeó la cabeza.

—Y bastante fino, por cierto.

Vega colgó.

Se hizo un silencio breve.

—CSN —dijo Laura—. Casino.

—Pues ya estaría —respondió Vega.

Laura dejó el móvil sobre la mesa, pensativa.

—Oye.

—Qué.

—¿Por qué no nos vamos este finde a investigar?

Vega la miró.

—¿Perdona?

—Una escapadita. Relax. Investigamos un poco…, sin estrés.

Vega entrecerró los ojos.

—¿Y tú desde cuándo propones planes ilegales con tanta alegría?

—Desde que te han disparado.

Vega no pudo evitar sonreír.

—¡Joder, tía!

Laura cogió su portátil del sofá y lo abrió.

—Pero antes… cotilleo.

—Por supuesto.

—A ver qué coño es ese sitio.

Tecleó rápido.

—Casino Le Louis… Málaga… a ver…

Las dos se inclinaron sobre la pantalla.

—Vale —dijo Laura—. Esto no es un casino cutre. Esto es… otra cosa.

—¿En plan ricos?

—En plan gente con demasiada pasta y muy poca curiosidad por la vida de los demás..

Vega apoyó los codos en las rodillas.

—Perfecto.

Laura siguió deslizando por la pantalla.

—Eventos privados… zona VIP… acceso restringido… —levantó la vista—. Aquí hay chicha.

—¿Sale algún Louis?

—Espera…

Silencio.

—Nada claro —dijo al final—. Pero esto huele raro.

Vega asintió despacio.

—Pues ya está.

—¿Qué?

—Nos vamos a Málaga.

Laura sonrió.

—Sabía que ibas a decir eso.

Vega se levantó, fue a la nevera y sacó dos cervezas.

—Por los planes que empiezan mal.

Laura cogió la suya.

—Y acaban peor.

Chocaron las latas.

Y, por primera vez desde la gasolinera, Vega sintió algo que no era miedo.

Era anticipación.

CAPÍTULO 15



EN MÁLAGA…

El tren llegó a Málaga y, en menos de diez minutos, Vega y Laura ya estaban fuera de la estación y se habían registrado en el hotel.

Subieron a la habitación y dejaron las maletas.

No habían dormido. Tampoco lo habían intentado mucho.

Demasiadas cosas en la cabeza. Demasiadas preguntas. Y una sola certeza: habían llegado hasta allí sin saber exactamente qué buscaban… pero con la sensación incómoda de que, esta vez, no había vuelta atrás.

—¿Llamamos otra vez? —preguntó Laura, sacando el móvil.

Vega negó.

—Ya sabemos lo que hay al otro lado. Un contestador de casino. No nos va a contar nada nuevo.

—Entonces, ¿ algún plan?

—Vámonos.

Bajaron a la calle.

Vega miró alrededor. Gente, taxis, ruido. Todo en marcha, como si el mundo no se hubiese torcido de mala manera hacía unas cuantas horas.

Luego señaló en dirección al puerto.

—Instinto.

Laura suspiró.

—Genial. Me encanta cuando no hay plan.

—A mí también. Suele ser cuando todo se complica.

❁❁❁

El puerto estaba lleno de gente. Turistas, parejas, familias, gente paseando sin prisa.

Risas. Ruido. Luz. Normalidad.

Demasiada normalidad.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar —murmuró Laura.

—Sí —respondió Vega—. Pero la aguja suele brillar.

—¡Qué optimista!

Caminaron sin rumbo fijo. Mirando. Escuchando. Observando detalles que nadie más parecía notar.

Durante un rato no pasó nada.

Hasta que Vega se detuvo.

—Ese —dijo.

Laura siguió su mirada.

Un yate. Oscuro. Elegante. Apartado del resto.

No era el más grande. Ni el más llamativo.

Pero tenía algo que no encajaba.

Gente entrando y saliendo. Camareros demasiado tensos. Un tipo trajeado hablando por un pinganillo con naturalidad forzada.

—¿Qué le ves? —preguntó Laura.

—Que no es un barco para turistas.

Se acercaron un poco más, sin llamar la atención. Vega fingió mirar el agua, apoyándose en la barandilla.

—Mira cómo se mueven —añadió—. Nadie duda. Nadie pregunta. Todo el mundo sabe dónde va.

Laura observó. Y entonces lo vio.

—Vale… sí. Esto no es normal.

En ese momento, una pareja subía por la pasarela. Bien vestidos, pero sin exagerar. Nadie les pidió nada. Alguien desde dentro los reconoció y los dejó pasar.

Sin palabras.

Sin gestos innecesarios.

Sin margen de error.

—Eso es acceso por reconocimiento —dijo Laura en voz baja.

—Exacto.

Un camarero salió con una bandeja. Detrás, una lancha auxiliar se balanceó ligeramente.

Vega entrecerró los ojos.

—Mira eso.

Laura siguió su mirada.

En el lateral de la lancha, casi oculto por las sombras, había un nombre.

—¿Qué pone?

—Le Louis.

Laura se quedó quieta.

—El casino.

—Sí.

El ruido del puerto siguió igual. Como si no acabaran de encontrar algo importante.

—No tenemos pruebas —dijo Laura.

—No.

—No sabemos si Ian está aquí.

—No.

—Y no sabemos quién es ese tal Louis.

—No.

Laura la miró.

—Entonces explícame por qué tengo la sensación de que acabamos de meternos en la boca del lobo…

Vega se quitó las gafas de sol despacio.

—Porque cuando algo huele mal… —dijo— no necesitas verlo para saberlo. Aquí nadie improvisa.

Laura resopló.

—Muy tranquilizador todo.

—No era esa la intención.

Se quedaron observando el yate.

Todo era correcto. Demasiado correcto.

La madera impecable. El movimiento medido. Las sonrisas justas. Nada fuera de lugar.

—No me gusta —murmuró Vega.

—¿El qué?

—Esto.

—¿El qué exactamente?

Vega tardó un segundo en responder.

—Que todo parece limpio.

Laura frunció el ceño.

—¿Y?

—Que cuando algo está demasiado limpio… es porque alguien se ha esforzado mucho en que no se vea la mierda que hay debajo.

Laura la miró de reojo.

—¡Hija, por Dios! ¡Pareces Agatha Christie en la edad del hambre!

Se rieron. Había que soltar un poco de lastre.

Vega se incorporó.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A cambiarnos.

Laura arqueó una ceja.

—Ahora sí estamos hablando el mismo idioma.

—No pienso quedarme fuera —añadió Vega.

Laura sonrió.

—Sabía que dirías eso.

Se alejaron del puerto con paso tranquilo.

Como dos más.

Pero no lo eran.

Y las dos lo sabían.

CAPÍTULO 15



DONDE TODO SE VUELVE RARO DE COJONES

El hotel olía a limpio. El aire acondicionado estaba demasiado alto.

Vega dejó las llaves sobre la mesa y se quedó un segundo mirando al vacío.

—Vale —dijo—. Tenemos un casino, un nombre y un yate lleno de gente rara.

—Planazo —respondió Laura—. ¿Cuál es la parte en la que nos morimos?

—Todavía no la tengo.

Laura se cruzó de brazos.

—Genial.

Vega se giró hacia ella.

—Nos vamos a colar.

Laura ni se inmutó.

—Sabía que ibas a decir eso.

—Claro.

—¿Cómo?

Vega se encogió de hombros.

—Improvisando, como siempre.

—Eso no es un plan, Vega.

—Nunca lo es. Y aun así aquí estamos.

Laura resopló, pero ya estaba yendo hacia la maleta.

—Vale. Pero nos cambiamos.

Vega arqueó una ceja.

—¿Perdona?

—Que no vamos a entrar ahí vestidas como si fuéramos al mercadillo de la fruta. Si eso es lo que parece, hay que formar parte de lo que parece.

—¿Y qué es lo que parece?

Laura sonrió de medio lado.

—Gente con dinero que no tiene nada mejor que hacer.

❁❁❁

Media hora después salieron del hotel.

Vega llevaba un vestido negro sencillo, de esos que no llamaban la atención pero la retenían. Sandalias de tiras, pelo suelto y una chaqueta ligera al brazo.

Laura se puso un pantalón de seda, un top de satén y una americana. Elegante, pero sin parecer un disfraz.

Nada de marcas.

Nada de excesos.

Lo justo para encajar.

—Vale —dijo Vega mirándola—. Pareces rica.

—Gracias. Tú pareces que sabes lo que haces.

—No lo sé.

—Ya.

❁❁❁

El puerto estaba más animado que antes.

Luces encendidas. Música *chill out*. Gente entrando y saliendo de restaurantes.

Y el yate con el mismo tipo de movimiento y de personas.

Se acercaron sin prisa. Esta vez, más seguras. Como si tuvieran derecho a estar ahí.

En la pasarela, un tipo trajeado hablaba con una pareja.

No pedía invitaciones.

Observaba.

Reconocía.

Decidía.

—Acceso por la jeta —murmuró Laura.

—Sí.

—¿Y ahora qué?

Vega no respondió.

Observó.

Esperó.

Y entonces lo vio.

Un camarero salía del yate con prisa contenida y una bandeja vacía en la mano. Bajó por la pasarela, pasó junto al de seguridad y siguió hacia el muelle lateral.

Solo.

—Esa —dijo Vega.

—¿Esa qué?

—Que por ahí se entra.

Laura frunció el ceño.

—Esa es la entrada de servicio.

—Exacto.

—¿Y?

—Que nadie mira al servicio.

Laura sonrió despacio.

—Vale… ahora sí me estás gustando.

❁❁❁

No entraron por la pasarela principal.

Dieron un rodeo. Como quien buscaba el baño en un sitio que no conocía.

Llegaron a la zona lateral. Más oscura. Más discreta.

El camarero había dejado la bandeja sobre una mesa auxiliar y estaba de espaldas, hablando con otro.

Vega no dudó.

Cogió dos copas llenas de una bandeja cercana.

Le tendió una a Laura.

—Sonríe —susurró—. Y no pienses.

—Lo siento —respondió Laura—. Es justo lo que mejor se me da.

Subieron.

Nadie las detuvo.

El tipo de seguridad miró de reojo. Vio dos mujeres bien vestidas, copa en mano y actitud relajada.

Y las dejó pasar.

❁❁❁

Dentro, el ambiente cambió: conversaciones en corrillos, risas que no llegaban a alcanzar el umbral de decibelios permitido.

No había música.

Y eso era lo peor.

—Vale… esto no es normal —susurró Laura.

—No.

Avanzaron despacio. Observando. Escuchando, y entonces, lo vieron.

Ian.

De pie. Rodeado de gente.

Con un traje negro que le sentaba como un guante.

El pelo engominado, la mirada gris, el gesto contenido y la gente a su alrededor hablándole en voz baja.

—Lo siento mucho…

—Una pérdida terrible…

—Tu madre era…

Vega se quedó quieta.

—¿Qué…? —murmuró Laura.

—Le están dando el pésame.

Ian asentía. Tranquilo. Demasiado tranquilo.

No parecía un hombre roto.

Parecía alguien que había aceptado algo.

—No tiene miedo —susurró Vega.

—O no lo parece.

—No.

Y, de repente, el otro apareció en escena.

Louis.

No necesitó que nadie se lo señalara, porque estaba a su lado… Tranquilo, elegante y luciendo un traje caro con aspecto impecable.

Y aun así, todo el mundo se colocaba alrededor como si ya supiera dónde debía estar.

—Ese —dijo Vega.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Louis se inclinó ligeramente hacia Ian.

Le dijo algo que no pudieron escuchar.

Y, entonces, ocurrió. Le cogió la mano. Fue un gesto mínimo. La sostuvo un segundo más de lo necesario. Y luego la bajó.

Despacio.

Demasiado despacio.

Sin llegar a tocar donde no debía.

Pero dejando claro que podía hacerlo si quería.

Vega dejó de respirar.

—¡Virgen! ¿Has… has visto eso? —susurró Laura.

Vega tardó un segundo.

—Sí.

—Esto…

—¿Qué coño es eso?

—Una mano.

—No me jodas, Laura.

Laura entrecerró los ojos.

—¿Hablas del gesto o de la uña?

Vega apretó los labios, sin apartar la mirada.

—De las dos cosas, pero sobre todo de la uña.

La del meñique.

Pulida.

Brillante.

Afilada y esculpida como un estilete.

Vega torció la boca.

—Eso no es una uña… eso es para abrir paquetes de Amazon o para rajarte sin despeinarse.

Laura soltó aire por la nariz. No, no iba a reírse. Porque aquello las delataría. Era lo mismo que si estuvieran en un tanatorio y alguien contara un chiste… de muy mal gusto, sí, pero que hacía mearte de la risa, sin poder evitarlo.

—Vale… ahora sí me está dando mal rollo.

Vega no apartó la mirada.

Porque lo peor no era eso.

Lo peor era Ian.

Que no se movía.

❁❁❁

—Vega… —susurró Laura.

—No.

—No qué.

—No me gusta nada.

—A mí tampoco.

—Y ese tío… —añadió Vega sin apartar los ojos de Louis—. Ese tío no ayuda a nadie.

—¿Entonces qué hace?

Vega tragó saliva.

—Cobrar.

Silencio.

El aire se volvió denso.

—Tenemos que irnos —dijo Laura.

—Espera.

—Vega…

—Un segundo, joder.

Y entonces pasó.

Un movimiento al otro lado de la cubierta.

Una cara conocida.

Borja.

Con una copa en la mano. Riendo. Demasiado cómodo.

Como si aquello fuera su hábitat natural.

Vega parpadeó.

—No me jodas…

—¿Qué?

—Mira a la derecha.

Laura miró.

Y se quedó blanca.

—¿Ese es…?

—Sí.

—¿Tu ex?

—El mismo. No ha cambiado ni el puto peinado.

Borja brindó con otro tipo. Hablaba rápido. Gesticulaba.

Encajaba demasiado bien en aquel antro de mierda.

—Vale —dijo Laura—. Creo que han echado algo a las copas que hemos pillado.

—Bienvenida al club.

Vega volvió a mirar a Ian.

A Louis.

A la mano.

A la uña.

A todo. Y terminó comprendiendo. No sabía cómo. Era como aquella frase de mierda tan manida que decía: «no tengo pruebas, pero no tengo dudas»…

—Tenemos un problema —murmuró.

—¿Cuál?

Vega no apartó la mirada.

—Que él ya está dentro.

—¿Quién?

—Ian.

—¿Dentro de dónde?

Vega tardó un segundo en responder.

—De algo de lo que no se sale… sin pagar.

CAPÍTULO 16



DONDE TODO EMPIEZA A OLER DEMASIADO MAL

No recordaban cómo habían salido del yate.

Solo que lo hicieron.

Rápido.

Sin mirar atrás.

Como si alguien pudiera girarse en cualquier momento y decir: «vosotras dos, venid un momento».

Caminaron por el puerto sin hablar. Sin rumbo. Con el pulso aún desbocado y la cabeza llena de imágenes que no terminaban de encajar.

—Vale —dijo Laura de repente—. Necesito alcohol.

—Yo también.

❁❁❁

El bar estaba a reventar.

Música baja, luces cálidas, gente riendo como si el mundo fuera normal.

Vega se apoyó en la barra.

—Dos whiskys dobles. Sin hielo.

El camarero ni pestañeó. Los sirvió y se los puso delante de las narices.

Vega cogió el suyo y se lo bebió de un trago.

Laura hizo lo mismo.

Se miraron.

—Otro —dijeron a la vez.

❁❁❁

Media hora después estaban en la terraza.

Con dos copas más.

Y la sensación de estar en una realidad paralela.

—Vale —empezó Laura—. Vamos a poner orden porque si no me da algo.

—Venga.

—Tenemos un yate.

—Sí.

—Un casino.

—Sí.

—Un señor con pinta de no necesitar ensuciarse las manos nunca.

—Correcto.

—Y tu chico.

Vega la miró.

—No es mi chico.

—Ya. Pues tu «nochico» está ahí dentro, como si nada.

—Como si nada no.

—Bueno, como si le estuvieran dando el pésame en una especie de velatorio de lujo con barra libre.

Vega se pasó la mano por la cara.

—Es que no encaja nada.

—Nada.

Silencio.

—¿Qué coño hace ahí Ian? —murmuró Vega.

—Ni idea.

—¿Y sin miedo?

—Eso es lo peor.

Vega asintió despacio.

—Sí.

Bebió otro trago.

—Pero espera —añadió Laura—. Porque eso no es lo más surrealista.

—No.

—Lo más surrealista es tu ex.

Vega soltó una risa seca.

—El puto Borja.

—El puto Borja —repitió Laura—. ¿Qué hace ese tío ahí? Si es un *mindundi*.

—Era un *mindundi*.

—Ya, pues ahora el muy payaso brindaba como si llevara toda la vida en ese circo.

—Ese no sabe ni dónde se ha metido.

—O sí.

Silencio otra vez.

—Qué pereza de hombre, de verdad —murmuró Vega—. De todos los sitios en los que podía reaparecer…

—Tenía que ser ahí.

—Claro.

Laura la miró de reojo.

—¿Te duele?

Vega negó.

—No. Me cabrea.

—Mejor.

❁❁❁

Se quedaron en silencio un momento.

Mirando el puerto con las luces reflejadas en el agua, la gente pasando, con la normalidad impostada

—Vale —dijo Laura de repente—. Tenemos que hablar de la uña.

Vega cerró los ojos un segundo.

—No quiero.

—Tenemos que hacerlo.

—No.

—Vega.

—Que no.

—Vega.

—Vale, pero rápido.

Laura se inclinó hacia ella.

—¿Tú has visto eso?

—Sí.

—¿Eso es legal?

—No lo sé, pero debería estar prohibido.

—¿Quién se deja una uña así?

—Un psicópata.

—Totalmente.

—Ya te digo.

Se miraron. Y, de repente, se echaron a reír.

Una risa nerviosa. Descolocada. De esas que salen cuando todo se ha ido a la mierda y el cuerpo no sabe qué hacer con la tensión.

—Es que parecía un arma —dijo Laura entre risas.

—Es que era un arma —respondió Vega—. Esa uña MA-TA.

—Qué puto asco, de verdad.

—Muchísimo.

Se rieron un poco más.

Y luego se les pasó.

Como todo.

❁❁❁

—Vega —dijo Laura, ya más seria—. Esto no es normal.

—No.

—Y ese tío…

—Louis.

—Sí. Ese.

Vega apretó los labios.

—Ese tío no ayuda a nadie.

—Ya.

—Ese tío cobra.

—También.

—Y Ian está ahí dentro —añadió Laura.

—Sí.

—Y no parece que le hayan puesto una pistola en la frente para aguantar a ese asqueroso.

Vega no respondió.

Porque eso era lo que más le jodía.

❁❁❁

—Vamos a la playa —dijo de pronto.

—¿Qué?

—A la playa. Necesito… respirar aire puro.

Laura la miró.

—Vale. Sí. Tienes razón.

❁❁❁

Caminaron hasta la arena.

Se quitaron las sandalias. Llegaron hasta la orilla, dejando que las olas les mojaran los pies.

El agua estaba fría, pero no importaba.

El ruido del mar ayudaba un poco a relajarlas.

Un poco.

—Sigo sin entenderlo —murmuró Vega.

—Ni yo.

—No tiene sentido.

—Nada de esto lo tiene.

Se quedaron en silencio.

Respirando la brisa del mar.

Intentando ordenar algo que no se dejaba ordenar.

Entonces escucharon un par de voces, más atrás, cerca del paseo. Tenían pinta de ser camareros, por el uniforme que llevaban. Ambos fumaban.

Hablaban bajo. Pero no lo suficiente.

—Te lo digo en serio, yo no vuelvo a subir ahí —decía uno.

—Ni yo. Que les den.

—Eso no es normal, tío.

—Nada normal.

Vega y Laura se miraron.

Se acercaron un poco más. Lo justo para oír y pasar desapercibidas.

—¿Has visto lo de abajo? —dijo el primero.

—Cállate, joder.

—No, en serio. ¿Tú has visto eso?

—Que te calles.

Silencio.

—Ese tío no está bien —añadió el otro—. Fatal. De la olla. Literal

—¿Cuál?

—El francés.

Vega sintió un latigazo en el estómago.

—¿El del casino? —preguntó el primero.

—¿Quién si no?

—Dicen que es el que lo ha cogido.

—¿A quién?

—Al piloto ese.

Silencio.

—Pues vaya sitio ha elegido —murmuró el otro.

—Ya te digo.

—Yo no vuelvo —repitió—. Ni por el doble de pasta. Ni harto de whisky.

—Ni yo.

Apagaron los cigarrillos.

Y se fueron.

❁❁❁

Vega se quedó quieta.

Mirando la oscuridad.

—¿Has oído eso? —susurró Laura.

—Sí.

—«Lo ha cogido».

Vega tragó saliva.

—Sí.

—No me gusta cómo suena eso.

—A mí tampoco.

Las olas seguían rompiendo en la orilla

Las luces seguían brillando.

Todo parecía igual. Aparentemente.

Pero ya no lo era.

❁❁❁

—Vega —dijo Laura.

—Dime.

—¿En qué coño nos hemos metido?

Vega no apartó la mirada del puerto.

Del yate.

De ese punto exacto donde todo había empezado a torcerse.

—En algo de lo que no vamos a salir limpias —respondió.

Y por primera vez desde que habían llegado a Málaga…

No sonó a broma.

CAPÍTULO 17



ESTO YA NO ES PARANOIA

El mar no calmó la situación.

Solo les dio frío.

Vega salió de la playa con la arena pegada a los pies y la cabeza igual de revuelta que antes. Laura iba a su lado, en silencio, con los brazos cruzados.

Caminaron hacia el paseo sin hablar. Y entonces Vega lo vio: un coche negro aparcado en doble fila con las luces apagadas. No parecía raro.

Y ese era el problema.

Se detuvo un segundo.

—Sigue —dijo, sin mirarlo.

—¿Qué pasa?

—Sigue andando.

Laura obedeció.

—Vega…

—No mires atrás.

—¿Por qué?

Vega tragó saliva.

—Porque nos siguen.

Silencio.

Laura no se giró.

—Vale —dijo—. Vale, genial. Me encanta.

El coche arrancó de forma suave, sin prisas, a la misma velocidad que ellas

—No corras —murmuró Vega—. Si corres, confirmas que…

—¿Confirmo qué? ¡Que tengo instinto de supervivencia!

—Que sabemos que están ahí.

Laura respiró hondo.

—Vale. Vale. No corro. No corro.

Giraron en la siguiente calle.

El coche también.

❁❁❁

—Vale, ahora sí —dijo Vega—. Ahora corre.

—¡Ah, perfecto!

Echaron a correr.

Con las sandalias en la mano, arena en los pies, y el pulso desbocado.

Se metieron por una calle estrecha. Luego otra. Después por un callejón que olía a basura y a vómitos.

—¡Por aquí! —gritó Laura.

—¡No grites!

—¡Estoy gritando en silencio!

—Eso no existe!

Salieron a otra calle, con más gente, y un bar abierto.

Vega tiró de Laura.

—¡Vamos dentro!

Entraron.

Notaron la música alta. La gente arremolinada, pero nadie miró..

—Vamos al baño—dijo Vega.

—¿Para qué?

—Para salir por el otro lado.

Empujaron la puerta del baño. Pasaron. Otra puerta. Un pasillo. Una salida trasera. Se quedaron quietas, escuchando… No pasó nada.

❁❁❁

—¿Los hemos perdido? —susurró Laura.

—No lo sé.

—Genial.

Vega se apoyó contra la pared, respirando hondo.

—Esto ya no es paranoia.

—No —respondió Laura—. Esto ya es otra cosa.

Escucharon pasos detrás de ellas. Se giraron. Era Borja.

Con las manos en los bolsillos.

Como si nada.

—Hola, Vega.

La mujer se quedó helada.

—¿Qué haces aquí?

Él sonrió, tranquilo… Demasiado.

—Podría preguntarte lo mismo.

Laura dio un paso atrás.

—Este no me gusta —murmuró.

—A mí tampoco —respondió Vega.

Borja se acercó un poco más.

—No deberíais estar aquí.

—¿Y tú sí? —escupió Vega.

—Yo estoy donde me sale de los cojones.

—¿En un yate de millonarios? Si no sabías ni atarte los cordones de los zapatos.

Borja no perdió la sonrisa.

—La gente cambia.

—No tanto.

—En serio, Vega. Vete.

—No.

—Esto no es un juego.

—Ya lo sé.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

—Tú tampoco.

Borja negó despacio.

—Yo sí.

Y ese «sí» sonó distinto. Como más contundente.

Vega entrecerró los ojos.

—¿Qué haces ahí, Borja?

Él dudó un segundo, antes de contestar:

—Trabajar.

Laura soltó una risa nerviosa.

—Claro. De camarero de lujo, ¿no?

Borja no la miró.

—No es lo que parece.

—Nunca lo es —murmuró Vega.

—Escúchame —dijo él, bajando la voz—. Dejad de mirar. Dejad de preguntar. Coged un tren y volved a casa.

—No.

—Vega…

—No.

Se sostuvieron la mirada.

—Te están viendo —añadió él.

Ahí.

Ahí se rompió algo.

—¿Quién? —preguntó Vega.

Borja no respondió.

Solo la miró.

Y ese silencio dijo más que cualquier palabra.

—Vete —repitió.

Se giró.

Y se fue.

❁❁❁

Laura se quedó quieta.

—Vale —dijo—. Vale. Esto ya es oficialmente una mierda enorme.

Vega no respondió.

Miraba el callejón por donde había desaparecido Borja.

—No estaba nervioso —murmuró.

—No.

—Eso es peor.

—Mucho peor.

—Nos han visto —añadió Vega.

—Sí.

—Y no nos han echado.

Laura la miró.

—Eso tampoco me gusta.

Vega negó despacio.

—No.

Levantó la vista, nuevamente hacia el puerto, hacia el yate.

—Eso significa que quieren ver qué hacemos.

Laura tragó saliva.

—¿Y qué hacemos?

Vega no dudó.

—Seguir adelante con todo esta mierda que nos rodea.

❁❁❁

Y en ese mismo momento, en algún lugar del yate…

Ian no se encontraba solo.

CAPÍTULO 18



EL PRIMER PRECIO POR PAGAR

Dos días antes…

El despacho no parecía un despacho.

Parecía un sitio donde no pasaba el tiempo.

Oscuro, pero no en penumbra. Cálido, pero sin resultar acogedor: madera, cuero, una iluminación baja que hacía que todo pareciera más aséptico. Ian no se sentó.

Se quedó de pie frente al escritorio, con la mochila aun colgando del hombro, como si en cualquier momento fuera a marcharse.

Louis sí estaba sentado.

Lucía impecable como siempre con traje oscuro, la camisa abierta lo justo, las manos sobre la mesa, las uñas cuidadas. Demasiado. Todo en ese hombre era excesivo.

—Has tardado —dijo.

La voz era suave. Sin reproche. Como si el tiempo, para él, fuera algo negociable.

Ian no respondió.

Louis levantó la vista despacio. Lo recorrió. De arriba a abajo. Sin prisa.

—Has crecido.

Ian apretó la mandíbula.

—No he venido a hablar de eso.

—No —respondió Louis—. Has venido porque no te queda otra.

Ian dejó la mochila en el suelo.

—Han matado a mi madre.

Louis no reaccionó.

Ni un gesto. Ni un cambio en la mirada.

Solo un leve asentimiento, casi imperceptible.

—Lo sé.

Eso le descolocó.

—¿Cómo que lo sabes?

—Porque todo lo que te pasa… acaba llegando a mis oídos.

Ian dio un paso hacia la mesa.

—Quiero nombres.

Louis inclinó la cabeza, como si la petición le resultara curiosa, pero no urgente.

—Claro que quieres nombres.

Se levantó.

Despacito.

Rodeó la mesa. Se acercó hasta el joven.

Ian no retrocedió, aunque le perturbara su presencia.

—Siempre fuiste directo —murmuró Louis—. Eso me gustaba de ti.

Se detuvo a medio metro.

Luego bajó la mirada un segundo… y la volvió a subir.

—Pero esto no funciona así.

Ian tragó saliva.

—Dime cuánto.

Louis sonrió.

No era una sonrisa amable. Era… divertida.

—Siempre pensando en el dinero. —Negó con la cabeza—. No, Ian.

—Tú no puedes pagarme con dinero.

Ian lo sabía. Pero necesitaba oírlo.

—Entonces qué quieres.

Louis lo miró fijamente.

Ahí.

Ahí estaba.

Ese momento en el que todo cambiaba.

—Quiero ver… hasta dónde llegas.

Ian sostuvo la mirada.

—Hasta donde haga falta.

Louis ladeó ligeramente la cabeza.

Como si hubiera oído esa frase demasiadas veces en su vida.

—No —dijo en voz baja—. Eso lo dicen todos.

Alzó una mano, despacio. No le tocó. Aún no.

—Yo quiero saber… qué harías cuando no hay obligaciones ni imposiciones.

El ambiente se volvió sofocante para Ian.

—Primera regla —dijo Louis—. Aquí no se pide. Aquí se demuestra que se merece

Ian no se movió.

—¿Y qué tengo que demostrar?

Louis bajó la mirada a su ropa y a su postura. A cómo se sostenía.

Y entonces, por fin dijo:

—La chaqueta.

Ian parpadeó.

—¿Qué?

—Quítatela.

Le pidió… Nada más y nada menos.

Ian no se movió durante un segundo, quizás fueran dos o tres. No, no era la chaqueta, lo que le solicitaba amablemente. Era la primera prenda de aquel juego.

Era lo que significaba.

Louis no insistió. Solo esperó, observando y midiendo los tiempos.

Como si ese gesto, por pequeño que fuera, ya le estuviera dando señales.

Ian exhaló de forma lenta. Se quitó la chaqueta. La dejó sobre la silla, sin apartar la mirada

Louis sonrió, esta vez sí… De forma leve y satisfecha.

—Bien —murmuró.

Se giró. Volvió hacia el escritorio.

Como si lo importante ya hubiera ocurrido entre ellos.

—Siéntate —dijo.

Ian no lo hizo.

—Todavía no —añadió—. Aún no hemos empezado.

Ian comprendió enseguida que aquello no iba de nombres, ni de dinero, ni de venganzas… Esto iba más bien de él y su relación con Louis

De cuánto estaba dispuesto a perder.

Y acababa de empezar el juego.

CAPÍTULO 19



NO TODO ENCAJA

Vega se enteró por casualidad. O eso quiso creer.

Estaban en la terraza del bar del puerto, con el tercer whisky ya bajando hacia la vejigay la cabeza aun dando vueltas por lo del yate, cuando desde el interior del bar subieron el volumen de la televisión durante unos segundos. Lo justo para que se les pusieran los pelos de punta.

—…los restos mortales de la madre del piloto Ian Campbell serán trasladados esta tarde a un tanatorio de Málaga, donde tendrá lugar una ceremonia íntima…

Vega dejó el vaso sobre la mesa con cuidado.

Laura la miró de inmediato.

—No.

—Sí.

—Ni de broma.

—Que sí.

El silencio que siguió fue breve, pero suficiente.

—Nos van a echar —murmuró Laura.

—Probablemente.

—Y puede que algo peor.

—También.

Laura resopló.

—Me encanta cómo suenan tus planes.

Vega se levantó.

—No es un plan. Es una intuición.

—Eso siempre acaba mal.

—Ya.

❁❁❁

El tanatorio se encontraba a las afueras de la ciudad, en un edificio sobrio, de líneas arquitectónicas limpias, con el aparcamiento casi lleno y gente entrando y saliendo con esa prisa contenida que se tienen en los lugares donde nadie quiere quedarse más tiempo del necesario.

—Pon cara de pena —dijo Vega en voz baja.

—La traigo de serie.

Entraron sin que nadie las detuviera. Nadie parecía tener ganas de hacer preguntas en un sitio así.

La sala del velatorio se abría en dos espacios. Por un lado, la zona de estar: sofás, varias sillas, una mesa baja y, en un lateral, otra mesa con café, zumos, botellines de agua y bandejas de mini sándwiches y dulces que apenas se tocaban. Sobre una de las esquinas, alguien había dejado algunas cajas de semillas, como recuerdo para quien quisiera llevárselas y plantarlas en sus jardines.

Al otro lado, separada por un gran panel acristalado, estaba la sala donde descansaba el féretro. Más recogida. Más silenciosa. Como si todo lo importante ocurriera allí dentro y lo demás no fuera más que una antesala incómoda de la vida.

—Ahí —susurró Laura.

Vega ya lo había visto.

Ian estaba dentro, cerca de la cristalera. Las personas entraban de una en una, le daban el pésame en voz baja y salían de

nuevo a la zona de los sofás. Él asentía, agradecía con educación y volvía a quedarse solo. Se le notaba demasiado entero…

—No me gusta —dijo Vega casi sin mover los labios.

—¿El qué?

—Nada de esto.

❁❁❁

Entonces apareció Louis.

No hizo falta que nadie lo anunciara. Su presencia se impuso sin ruido: traje oscuro, impecable, con su forma de caminar que no pedía permiso y que, sin embargo, nadie cuestionaba.

Se acercó a Ian con una naturalidad impostada.

Vega lo observó sin apartar la vista.

El gesto llegó después…

La mano de Louis, que no terminaba de apoyarse, pero tampoco se retiraba. Un roce leve, medido, como si estuviera comprobando algo que no necesitaba decir en voz alta.

Y, entonces, se le revolvió el estómago. Allí estaba otra vez la uña: pulida, alargada, afilada de una forma que no tenía sentido en un lugar como aquel.

Ese detalle repugnante no encajaba para nada en aquel lugar de recogimiento.

—Vámonos —susurró Laura.

—Un segundo.

—Vega…

—Solo un segundo.

Se apartó hacia el lateral. Comenzó a caminar hacia el pasillo que comunicaba con las salas internas y que estaba casi vacío: puertas cerradas, una luz encendida al fondo y otra puerta entreabierta con un cartel discreto de acceso restringido.

No debía entrar.

Por eso lo hizo.

La luz cambió al cruzar el umbral. Más fría. Más directa. Allí no había sofás ni bandejas ni murmullos.

Solo silencio.

Y, de repente vio a Ian.

De espaldas.

No necesitó acercarse más.

Lo primero que vio, fueron sus manos. Firmes. Precisas. No le temblaban ni un ápice.

Y eso fue lo que la descolocó.

No tanto por lo que estaba haciendo, sino como la forma en que lo hacía.

Con una calma que le produjo un malestar que no podía controlar.

Vega sintió que algo se le movía por dentro, como si una pieza hubiera dejado de encajar en su sitio.

Dio un paso atrás.

Luego otro.

Entonces reparó en él. En Louis. Apoyado en la pared observando, sin hablar ni intervenir en aquello que estaba sucediendo. Solo miraba.

Cuando Vega retrocedió lo suficiente como para querer desaparecer, Louis levantó la vista. No se sorprendió al verla.

No frunció el ceño.

Esbozó una sonrisa leve, casi imperceptible.

Vega salió, cerrando la puerta con cuidado.

El murmullo del velatorio la envolvió de nuevo: voces bajas, el sonido de las tazas, el arrastrar de las sillas.

Todo seguía igual.

Laura la miró en cuanto la vio aparecer.

—¿Qué has hecho?

Vega negó despacio.

—Vámonos.

—¿Qué has visto?

Vega se pasó la mano por la cara. Respiró hondo. No le llegaba el aire a los pulmones.

—No es lo que pensaba.

—¿Entonces?

La miró por fin.

—Es peor.

Laura no dijo nada.

Vega volvió la vista hacia la sala acristalada.

Y por primera vez desde que habían llegado a Málaga, tuvo claro que aquello no era una mala decisión más.

Era otra cosa.

Algo de lo que no se podía salir.

CAPÍTULO 20



ANTES DE CAER

El pasillo del tanatorio seguía en silencio cuando Vega salió de aquella sala.

No miró atrás. No podía.

El aire parecía más frío fuera, pero no era el aire. Era ella.

Caminó sin rumbo hasta encontrar una puerta lateral. Empujó. Eran los aseos. Entró sin pensar. Necesitaba digerir lo que acababa de ver.

La luz blanca le golpeó los ojos. El zumbido del fluorescente era constante, casi irritante. Todo demasiado limpio, demasiado ordenado para lo que acababa de ver.

Se apoyó en el lavabo y abrió el grifo. El agua cayó con fuerza.

Se mojó la cara.

Respiró.

Y entonces la puerta se cerró.

No de golpe, sino con cuidado. Vega no se giró al instante porque sabía quién era.

—No deberías haber venido.

La voz de Ian era distinta. Más baja y firme.

Vega cerró el grifo despacio. Se secó las manos en el pantalón. Alzó la vista hacia el espejo… y luego se giró.

Él estaba a unos pasos, con su traje oscuro, la corbata algo floja y el rostro como esculpido en piedra. Impresionante. Pero no

era eso lo que más le llamó la atención. Era la forma en que la miraba.

Sin pedir nada.

Eso fue lo que la descolocó.

—Y tú no deberías haber hecho eso, ha sido… —No pudo terminar la frase.

—Has visto algo que no tenías que ver —dijo él.

—He visto lo suficiente.

Vega avanzó un paso.

—¿Qué coño estás haciendo, Ian?

Él no respondió.

—No me digas que esto es por tu madre. Porque esta no es la justicia que andabas buscando.

Ian apretó la mandíbula.

—No tienes ni idea.

—Pues explícamelo.

—No puedo.

Vega soltó aire por la nariz.

—Siempre igual.

—Hace nada estabas huyendo —dijo—. Y ahora estabas ahí dentro como si ella te perteneciera.

Él bajó la mirada un segundo.

—No me pertenece.

—Pues lo parecía.

Ian volvió a mirarla.

Y ahí estaba. El otro. El de verdad.

—No tengo otra opción —dijo.

Vega le sostuvo la mirada.

—Siempre hay una.

Entonces alargó la mano y le agarró la camisa.

—Mírame. —Ian no se apartó—. No te pierdas.

La frase se quedó entre los dos, ahí pesada pero muy real.

Y fue él quien dio el primer paso.

El beso llegó sin violencia, pero sin duda. Como algo que llevaba demasiado tiempo retenido. No hubo choque ni prisa, sino reconocimiento. Como si ambos necesitaran comprobar que el otro seguía ahí.

Vega le sostuvo la cara entre las manos. Ian la rodeó por la cintura.

Se acercaron más. No había nada que explicar.

El mundo fuera del baño dejó de importar.

Las manos dejaron de ser cautas. No bruscas, pero sí seguras. Con la urgencia de quien sabía que no había tiempo para pensar demasiado.

Ian se detuvo un momento. La miró. Con esa luz de mala muerte, con las sombras recortándole la cara, parecía otra persona. Más joven. Más vulnerable. Más él.

—Esto no lo hago por venganza —dijo en voz baja.

—¿Por qué lo haces entonces?

No respondió con palabras. La besó otra vez. Más despacio. Con más profundidad.

Vega sintió las manos de él en su cintura, los dedos enredándose en la tela, la forma en que la sujetaba como si fuera a caerse. Le levantó la falda del vestido y le desabrochó los botones a toda velocidad, con manos torpes.

La alzó sin dejar de besarla. Vega se agarró a sus hombros, rodeó su cintura con las piernas, sintió los azulejos fríos en la espalda y el calor de él contra ella. Todo a la vez.

—Vega —susurró él contra su cuello.

—Estoy aquí.

Se bajó la bragueta y entró en ella con un gemido contenido. Vega se mordió el labio para no hacer ruido, pero el sonido se escapó igual. Ian la sostuvo con una mano en la nuca, la otra en su cadera, y empezó a moverse con una lentitud que no pegaba con la urgencia de antes. Era como si quisiera alargarlo, retenerlo, hacer que durara más de lo que iba a durar.

Vega le rodeó el cuello con los brazos. Le besó la frente, las sienes, las comisuras de los labios. Él cerraba los ojos, la respiración entrecortada, el pulso saltándose todos los límites, mientras rebuscaba con los dedos el clítoris… No había manera de aliviar aquel fuego que le quemaba las entrañas.

—Mírame —dijo Ian.

En la penumbra de aquel baño de tanatorio, Vega vio al hombre que había conocido en un trastero. El que llevaba una semana escondiéndose. El que había perdido a su madre. El que estaba a punto de vender algo que aún no sabía poner nombre.

—No te pierdas —susurró ella.

Él no respondió. Solo la besó. Y siguió moviéndose dentro de ella como si con eso pudiera parar el tiempo, como si con eso

pudiera borrar todo lo que había visto, todo lo que le esperaba al otro lado de esa puerta.

El orgasmo llegó para los dos como una sacudida. Él se quedó quieto un momento, la frente apoyada en el hombro de ella, respirando hondo. Vega le acariciaba el pelo, la nuca, los hombros. Sintió que algo se aflojaba en él. Algo que llevaba días tenso como una cuerda a punto de romperse.

Cuando se quedaron quietos, el silencio volvió poco a poco.

Vega apoyó la frente en la de él.

—Esto sí es verdad —dijo en voz baja.

Ian cerró los ojos un instante.

—Lo sé.

—Y lo otro…

No terminó la frase. No hacía falta. Respiró hondo.

—No puedo salir de ahí.

—Pero tampoco puedes dejarte arrastrar.

Ian no dijo nada.

Y entonces, en el espejo, Vega lo vio.

Apoyado en la puerta. Observando. Era Louis. Como si llevara ahí todo el tiempo. Como un *voyeur* repugnante. Como si aquella escena le perteneciera.

Vega sintió un escalofrío.

—Qué asco —murmuró.

Louis sonrió sin molestarse en disimular.

Ian no se giró, pero su cuerpo se tensó.

Interesante —dijo Louis con calma—. No pensaba que ocurriera esto aquí.

Vega no apartó la mirada.

—Le dijo la sartén al cazo…

Louis ladeó la cabeza, estudiándola.

Luego miró a Ian.

—Esto solo acaba de empezar.

Se apartó de la puerta y desapareció del pasillo como si nada.

El zumbido del fluorescente volvió a llenar el espacio.

Vega miró a Ian.

—¿Ya estás dentro?

Él no lo negó.

Y esta vez tampoco le pidió que se fuera.

CAPÍTULO 21



LO QUE NO SE DICE

El taxi las dejó en la puerta del hotel. Vega pagó con un billete de cincuenta que le temblaba entre los dedos. Laura no esperó a que terminara. La agarró del brazo y la metió dentro, directa al ascensor, sin mirar a nadie, sin dar explicaciones.

—Dame la llave —dijo Laura extendiendo la mano.

Vega la miró sin entender.

—La llave, Vega. Ahora.

Vega metió la mano en el bolsillo. Sacó la tarjeta magnética. Laura se la quitó, abrió, la empujó dentro y cerró con dos vueltas.

Se quedaron de pie. Vega en el centro de la habitación, con las manos colgando, el vestido torcido, el pelo revuelto. Laura apoyada en la puerta, respirando hondo.

—Siéntate —dijo Laura.

—No quiero sentarme.

—Pues siéntate igual.

Vega se sentó en el borde de la cama. No porque quisiera, sino porque las piernas le flaqueaban.

Laura se quedó mirándola un segundo. Luego fue a la mesilla, cogió el móvil, marcó un número.

—¿Qué haces? —preguntó Vega.

Laura no respondió.

—¿Estás llamando a alguien? —Vega se incorporó—. Laura, no llames a nadie.

—Cállate.

—Laura...

—He dicho que te calles.

Laura esperó. Al otro lado, alguien contestó.

—Hola, buenas noches. ¿Tienen servicio de farmacia a domicilio? Sí, es urgente.

Vega se quedó quieta.

Laura dio la dirección. El nombre del hotel y el número de la habitación. Colgó.

—Tarda veinte minutos —dijo, dejando el móvil en la mesilla.

—¿Qué has pedido?

Laura la miró. No era la mirada de siempre. No era la amiga que se reía de todo. Era otra.

—La píldora del día de después.

Vega sintió que el suelo se le hundía.

—Laura...

—No me digas nada. No me digas que lo pensaste. No me digas que fue en un momento de locura. Porque si me dices eso, te mato.

Vega no lo hizo.

Laura se sentó en la cama de al lado. Se quedó mirando la pared.

—¿Fue amable? ¿Al menos eso?

Vega tardó en responder.

—No.

Laura cerró los ojos.

—Vega.

—No fue así. No fue... no fue como si no hubiera pensado. Es que...

—¿Qué?

—Es que no pensé en nada. Solo estaba él. Y yo. Y el puto mundo ahí fuera esperando a que nos separáramos.

Laura no respondió. Se quedó callada un momento. Luego dijo:

—¿Duele?

—¿El qué?

—Que no pensaras en nada.

Vega la miró.

—Sí.

Laura asintió. Como si esa respuesta lo explicara todo.

—Vale —dijo—. Entonces ahora piensas.

Vega se pasó las manos por la cara. Las tenía frías.

—Laura, he visto algo.

—Ya me he dado cuenta.

—No. No te has dado cuenta. No puedes haberte dado cuenta.

Laura esperó.

Vega respiró hondo.

—Antes de ir al baño... Di una vuelta por el pasillo. Y vi una puerta entreabierta. La del fondo. Donde estaban las coronas.

—¿La sala donde estaba el féretro?

—Sí.

Laura frunció el ceño.

—¿Qué hacías ahí?

—No lo sé. Me acerqué. La puerta estaba así, un poco abierta. No debí mirar. Pero miré.

—¿Qué viste?

Vega apretó las manos sobre las rodillas.

—Estaban los dos. Louis e Ian. De espaldas a la puerta y el féretro delante.

—¿Y qué hacían?

—Louis estaba... estaba muy cerca. Muy cerca del féretro. Tenía las manos apoyadas en el borde. No en la madera. En el interior. Dentro.

—¿Dentro del féretro?

—Sí. Y Ian estaba a su lado. Quieto. Demasiado quieto.

Laura no dijo nada.

—Louis le dijo algo. No lo oí bien. Pero luego... luego se giró hacia Ian. Le cogió la mano. Y se la llevó al interior del féretro. La apoyó donde él tenía las suyas. Y la tuvo ahí. Unos segundos.

—¿Dónde? ¿Dónde la apoyó?

Vega tragó saliva.

—Sobre las manos de ella. Sobre las manos de la madre de Ian.

Laura se quedó blanca.

—Y luego, Louis le soltó la mano. Pero antes, mientras la tenía ahí, con la otra mano... hizo algo.

—¿Qué?

—No lo vi bien. Estaba de espaldas. Pero vi el gesto. Un movimiento rápido. Y luego algo brilló...

—¿Qué quieres decir con «algo brilló»?

—Una herramienta. O algo que usó. No sé. Era pequeño. Estaba entre sus dedos. Lo sujetaba con la naturalidad de quien lleva años usando ese tipo de cosas. Entre dos dedos. Algo con la punta fina. Demasiado fina. Y me dio la sensación de que aquello no era un objeto nuevo. De que ya había estado dentro de… de algo, antes.

—¿Qué hizo? ¿Le hizo algo a ella?

—No lo sé. Creo. No vi nada. O sí. Pero él... él estaba tranquilo. Demasiado tranquilo. Como si aquello fuera normal. Como si estuviera mostrándole algo.

—¿Mostrándole qué?

—No lo sé. Pero Ian... Ian cambió. No se movió. No apartó la mano. Pero le cambió la cara. Como si hubiera visto algo. Algo que no deseaba ver.

Laura se quedó callada.

—¿Y después? —preguntó al fin.

—Después Louis le soltó la mano. Se quedó mirándolo. Y le dijo algo. Dijo... dijo: «Ahora ya estás dentro».

—¿Dentro de qué?

—No lo sé. Pero Ian no respondió. No dijo nada. Solo se quedó mirando las manos de su madre. Las que Louis acababa de tocar. Las que Louis le había hecho tocar a él.

Laura se pasó las manos por la cara.

—Vega, ¿qué coño viste?

—No lo sé. Pero Louis se guardó algo en el bolsillo. Ese objeto pequeño y algo que le dio Ian. Y cuando se giró hacia la puerta, yo ya no estaba. Salí corriendo al pasillo. Me metí en los baños. Y entonces...

—Entonces él te encontró.

—Sí.

—¿Ian?

—Sí.

—¿Y ahí fue cuando...?

Vega no respondió.

Laura no necesitaba que lo hiciera.

—Sin protección —dijo. No era una pregunta.

—Sin nada.

—¿Por qué?

Vega levantó la cabeza.

—Porque no podía esperar. Porque él estaba temblando. Porque yo también. Porque si nos parábamos a pensar, no lo hacíamos. Y necesitaba hacerlo. Necesitaba que él...

No terminó la frase.

Laura esperó.

—Necesitaba que él sintiera algo que no fuera eso —dijo Vega, señalando hacia ningún sitio, hacia todo lo que habían dejado atrás—. Algo que no fuera Louis. Algo que no fuera su madre. Algo que fuera solo él. Y yo.

—Y Louis os vio.

—Sí. Cuando terminamos. Estaba en la puerta. No sé cuánto tiempo llevaba ahí.

—¿Y qué hizo?

—Mirar. Y luego sonrió. Y se fue.

Laura se levantó. Fue a la ventana. Miró la calle.

—Cuando llegue la farmacia, te tomas la pastilla. Y mañana cogemos el tren.

—No podemos dejarle ahí.

Laura se giró.

—¿Dejarle? Vega, él eligió estar ahí. Él fue a buscarlo. Él sabía lo que Louis era. Y aun así se quedó.

—No sabe lo que hace.

—Sí lo sabe. Y tú también.

—Laura, he visto cómo Louis le ponía la mano encima. Cómo le hacía tocar a su madre. Cómo le decía «ahora ya estás dentro». Y él no se movía. No se apartaba.

—Ya.

—Y cuando salí de los baños, no me arrepentí.

Laura la miró.

—No me arrepiento —repitió Vega—. De lo que hicimos. De cómo lo hicimos. De que fuera allí. De que fuera así. No me arrepiento.

—Vale tía, pero no vas a tener un hijo de ese impresentable, como yo me llamo Laura. Y en cuanto lleguemos a Madrid te haces una analítica de ETS

—Pero he visto sus manos. Las de Louis. Cómo le sujetaba. Cómo le decía «ahora ya estás dentro». Y he visto ese objeto. Ese brillo. Y no sé qué era. No sé qué ha hecho. No sé qué va a hacer. Y me da miedo —repetía una y otra vez.

—¿Miedo de qué?

—De que no vuelva. De que vuelva y no sea él. De que yo haya sido parte de algo que no entiendo.

Laura le cogió la mano.

—No has sido parte de nada. Estabas allí. Con él. En un baño. El resto es humo.

—Y Louis lo ha visto.

—Louis es un depredador. Los depredadores miran. No significa que te tengan en su punto de mira.

—Pero nos ha visto. Y sabe quiénes somos.

—No. Sabe que existes. No sabe cómo te llamas. No sabe de dónde vienes. No sabe nada de ti. Solo te ha visto en un baño con él. Y eso no quiere decir nada.

Vega la miró.

—¿Y si no es suficiente?

Laura sostuvo su mirada.

—¿Suficiente para qué?

—Para que me busque.

—Pues que te busque. Tú te vas a Madrid. Y allí no puede hacerte nada—sentenció de forma inocente.

—¿Y si puede?

—Entonces no nos quedamos cruzadas de brazos. Y llamamos a la poli.

—¿Y si es peor?

—Pues que lo sea. Pero no vas a estar sola.

Vega se quedó callada. Llamaron a la puerta. Era de la farmacia. Laura le pasó la pastilla a su amiga con un vaso de agua.

—Ahora duerme. Mañana nos piramos de este puto sitio.

Vega se tumbó en la cama. Laura apagó la luz.

En la oscuridad, Vega pensó en Ian. En sus manos. En cómo la había mirado antes de besarla. En cómo la había sujetado como si ella fuera lo único que quedaba derecho.

Y pensó en Louis. En la puerta. En la sonrisa. En el objeto pequeño que brilló entre sus dedos antes de guardarlo en el bolsillo.

En lo que pudo ser.

En lo que no quiso ver.

Cerró los ojos con la imagen que no podía borrarse de la mente… La imagen que la acompañaría toda la vida.

CAPÍTULO 22



LA CAÍDA

Ian bajó a la bodega del yate sin haberse cambiado.

Llevaba la misma ropa del tanatorio.

El mismo olor pegado a la piel: flores, madera pulida… y algo más seco, más difícil de nombrar, que no se iba con el aire ni con el movimiento.

No había pasado por el hotel.

No había hablado con nadie.

Había ido directamente allí.

Cerró la puerta tras de sí y el ruido de la cubierta desapareció de golpe. Arriba seguía la música, las conversaciones, la vida que aún podía fingir normalidad. Abajo, no.

Abajo todo estaba en su sitio.

La luz, baja y cálida, no dejaba rincones sin iluminar: la mesa en el centro, la bandeja con las ostras abiertas, alineadas con una precisión casi obsesiva. Y, a un lado, la caja.

Abierta.

Como si lo hubiera estado esperando.

Louis no se movió al verlo entrar.

—No has tardado.

No era una bienvenida. Era una comprobación.

Ian se acercó sin prisa. No miró la caja al principio. Dejó algo sobre la mesa, pequeño, envuelto, con ese cuidado que no

necesitaba de más explicaciones.

Louis bajó la mirada un segundo, sin tocarlo.

—Siempre fuiste más rápido de lo que parecía —dijo.

Ian no respondió. No había nada que decir.

—Bien.

Louis deshizo el envoltorio procedente del tanatorio, con precisión, sin recrearse, como quien revisaba un trabajo bien hecho. Lo observó apenas unos segundos, asintió y lo dejó a un lado, como si aquello ya hubiese cumplido su función.

Ian no apartó la mirada. No quería verlo, pero tampoco iba a evitarlo. Ya no.

—Siéntate.

Obedeció sin discutir. No por sumisión, sino porque la decisión estaba tomada desde antes de cruzar la puerta.

Louis rodeó la mesa y se detuvo frente a él, guardando esa distancia exacta que nunca era casual.

—Esto no era lo difícil —dijo.

Ian notó el pulso en la garganta.

Louis se inclinó hacia la bandeja y tomó una de las ostras. La sostuvo entre los dedos un instante, como si evaluara algo invisible, y luego se la ofreció.

—Come.

Ian la cogió sin preguntar. Se la llevó a la boca y la tragó casi sin masticar. El sabor llegó como siempre, salino al principio, después algo más denso, más invasivo, ocupando cada rincón de su boca y por tanto de su cerebro.

—No bebas.

Ian no había mirado el agua. El gusto se quedó ahí, creciendo…

Louis abrió la caja.

Sin prisa.

El interior quedó expuesto: todo limpio, ordenado, en su posición exacta. Nada estaba dispuesto al azar.

Ian la miró esta vez de frente. No mucho, lo suficiente.

—Tu madre confiaba en mí —dijo Louis con una naturalidad que resultaba obscena—. Más de lo que confiaba en nadie.

Ian tensó la mandíbula.

—Yo estuve ahí cuando no había nadie más. Cuando tu padre no valía para nada. Cuando no había dinero. Cuanto todo se venía abajo y os escondía.

Se inclinó apenas, lo justo para que la frase no pareciera un reproche, sino un hecho irrefutable.

—Yo os mantuve en pie.

El sabor seguía en la boca de Ian, más fuerte ahora, más difícil de ignorar.

—Nada de lo que tienes ha sido casualidad —continuó—. Ni tu carrera. Ni tu vida. Tú no eras como los demás niños. Ellos se rompían antes.

Hizo una pausa.

—Tú no.

Ian no respondió.

—Y ahora estás aquí —añadió Louis—. Volviendo a mí.

Algo se removió dentro de él. No era rabia. Tampoco rechazo. Era otra cosa, más difícil de sostener.

—Quiero los nombres —dijo.

Louis sonrió apenas.

—Los tendrás.

Se acercó un poco más. Lo justo.

—Pero antes tienes que entender algo.

Ian no se movió.

—Esto no va de lo que yo te haga.

La frase se quedó suspendida en el aire.

—Va de lo que tú aceptes.

Ian podía levantarse. Todavía. Podía irse.

No lo hizo. Louis lo vio.

—Eso es —dijo en voz baja.

Cerró la caja con suavidad.

—No necesitas que te obligue a nada.

El sabor amargo seguía ahí. En su boca. En su garganta.

—Eso es lo que la gente nunca entiende —continuó Louis— Nadie llega hasta aquí sin querer.

Ian no quiso apartar la vista de aquel ser.

—¿Quieres seguir? —preguntó Louis.

No sonaba a amenaza. Más bien a una invitación inocua.

Ian notó el pulso en el cuello y el cuerpo en tensión. Y en medio de todo aquello, una claridad meridiana.

—Sí.

Louis inclinó la cabeza, satisfecho.

Como si ese fuera el único punto que le interesara confirmar.

—Bien.

El espacio entre los dos dejó de ser neutral.

Le tomó la muñeca con un gesto firme, casi clínico.

—Te dijeron que te cortarían las manos.

Ian no alzó la vista. No pudo, no por miedo sino porque en su cabeza algo acababa de encajar.

—Qué torpes —añadió Louis—. Siempre van a por lo evidente.

El estilete de la uña se apoyó en la piel. Un segundo.

Presionó.

El dolor llegó limpio, directo.

Ian apretó la mandíbula, el sudor corría a raudales por la frente y el rostro, pero ya no era eso, el dolor insoportable y nauseabundo.

Era la frase, el detalle. Eso que no se lo había contado a nadie.

A nadie.

El pulso se le descompuso. El ambiente se volvió más caliente y espeso.

No levantó la cabeza, porque si lo hacía, si lo miraba, no quedaría rastro de duda.

Louis no estaba deduciendo. Lo sabía. Siempre lo había sabido.

—¿Ves? —murmuró—. No hacía falta cortar nada.

Ian no respondió. No había nada que preguntar. No había nombres, ni mafia. Nunca lo hubo.

Solo él como origen y final.

Louis.

—Ahora, sí.

Aplicó un bálsamo frío sobre la piel dañada, casi con reverencia.

—Mírame.

Ian levantó la cabeza despacio.

—A partir de aquí ya no hay nada que negociar.

Asintió, con un gesto mínimo, pero suficiente. Y en ese gesto quedó sellado todo.

Louis lo sostuvo un segundo más, como si confirmara algo que llevaba tiempo esperando.

—Siempre fue así.

El contacto siguiente no necesitó fuerza ni prisa. No dejó espacio para apartarse, pero tampoco lo exigió.

Ian no reaccionó, no porque no pudiera sino porque lo había derrotado y fundido hasta las cenizas.

El mundo se volvió lento. La voz de Louis seguía ahí, constante, como un hilo del que no pudiera soltarse.

—Nada de lo que tienes es casualidad. A partir de aquí, nada es negociable.

Quiso pensar, aferrarse a algo que lo sacara de allí, pero solo encontraba ese sabor amargo que le invadía el cerebro, y el dolor y la certeza de que había aceptado todo aquello…

CAPÍTULO 23



LA NOTICIA

Vega estaba de pie junto a la barra, con el billete de tren en la mano y la cabeza en otra parte. Habían decidido irse a Madrid sin terminar de tenerlo claro, como si alejarse fuera suficiente para poner orden lo que se les estaba escapando de las manos.

Laura revisaba horarios a su lado, concentrada, moviéndose con esa seguridad que mantenía todo en pie cuando lo demás empezaba a derrumbarse.

La tele situada en la esquina del bar llevaba un rato encendida, soltando noticias que nadie escuchaba. Hasta que una frase atravesó el ruido.

—…un varón ha sido hallado esta madrugada en un callejón próximo al puerto de Málaga…

Vega dejó de deslizar el dedo por la pantalla.

—…con heridas de gravedad…

Laura levantó la vista.

—…dos personas han sido detenidas en relación con los hechos…

El camarero dejó algo sobre la barra. Ninguna de las dos lo miró.

—…uno de los implicados responde a las iniciales B. R. M.…

Laura se giró despacio hacia Vega.

—Puede ser cualquiera.

Vega negó muy ligeramente, sin apartar la vista de la pantalla.

—No. Es Borja.

Ahora sí levantó la cabeza del todo. No necesitaba saber más.

—Es él.

Laura apretó el móvil.

—Vega…

—Es Ian. Y Borja está hasta el cuello de mierda.

No había duda.

Durante unos segundos ninguna se movió. El bar seguía igual, el ruido, la gente, la vida normal que podían haber seguido sin mirar atrás.

—El tren sale en una hora —dijo Laura.

Vega guardó el móvil.

—Pues no lo vamos a coger.

No hubo discusión. Laura dejó el dinero sobre la barra sin pedir la cuenta y ya estaba sacando el móvil.

—Paso por la consigna y amplío la reserva del hotel.

Vega asintió, ya de camino a la puerta.

—Hazlo.

El aire de la calle les dio de golpe, pero no las frenó.

Madrid podía esperar.

❁❁❁

El pasillo del hospital estaba en silencio, con esa luz blanca que no dejaba margen para esconder nada. Frente a la puerta, dos agentes de Policía Nacional custodiaban la habitación. Uno apoyado

en la pared, el otro de pie, atento a cualquiera que se acercara. Esa era la habitación sin duda ninguna.

—Un momento.

Laura frenó. Vega no.

—Venimos a ver al herido del puerto —dijo Laura.

—No se puede pasar —respondió el agente sin dudar—. Solo familiares directos y con acreditación.

Vega dio un paso al frente.

—Soy la novia de Ian Campbell.

El policía la miró de arriba a abajo, midiendo la frase.

—Solo se entra con acreditación

—¿Qué acreditación quieres que te dé? —replicó ella, sin subir el tono, pero sin apartarse—. Está solo ahí dentro.

El otro agente dejó el móvil y se incorporó.

—Señora, le he dicho que no se puede pasar. Cuando autoricen, se avisará.

—No voy a esperar a que me llamen para ver si sigue vivo —contestó Vega.

No gritó pero su voz sonó en el ambiente como un trueno seco.

El agente se puso delante de la puerta.

—Un paso más y tendremos que intervenir.

Laura intentó templar la situación…

—De verdad, solo queremos comprobar que está bien y nos vamos.

—No —repitió el policía.

Vega avanzó medio paso más.

—Me vas a tener que apartar —dijo, mirándolo de frente—. Porque voy a entrar.

El ambiente se tensó.

—Señora, no me obligue—

Desde dentro de la habitación se oyó un golpe leve, algo que rozaba la cama, y luego una voz rota, apenas un hilo que aun así atravesó la puerta.

—…Vega…

Los dos agentes se quedaron quietos un segundo.

Vega no esperó. Empujó la puerta.

El policía dudó lo justo.

—Dos minutos —murmuró el otro poli, el más bajo—. Y salís.

Nadie respondió.

Vega entró.

CAPÍTULO 24



LA CONVERSACIÓN

La puerta se cerró a su espalda.

Vega se quedó quieta un segundo antes de avanzar.

Lo vio.

Se llevó la mano a la boca para contener el sonido que se le escapaba. Parpadeó rápido y se limpió las lágrimas de un manotazo, como si así pudiera quitárselas de encima antes de que él las viera.

Entonces dio un paso. Laura se quedó atrás. Aquella escena le puso los pelos de punta, y además, exigía el respeto merecido entre Ian y Vega.

Ian giró la cabeza despacio.

Tardó un segundo en enfocarla.

La miró en silencio.

—Estoy aquí.

Ian sostuvo la mirada un instante más.

—No tenías que verme así.

—Escuché tu voz, me llamaste…

No lo negó.

El silencio se quedó suspendido entre los dos.

Vega se acercó más, hasta quedar a la altura de la cama.

—¿Qué ha pasado?

Ian no contestó.

Le costaba sostener la cabeza. La dejó caer un poco hacia un lado buscando apoyo en la almohada.

Vega se inclinó hacia él.

—Ian…

Él movió apenas la cabeza.

—Acércate.

La voz fue tan baja que casi no la escuchó.

Vega se inclinó más, acercando el oído.

Ian tardó en hablar. Cuando lo hizo, fue un hilo.

—No te metas…

Vega frunció el ceño.

—¿Qué?

Ian cerró los ojos un instante.

—Esto no es… para ti.

Las palabras salían poco a poco de la boca del hombre.

Vega se acercó un poco más.

—Mírame.

Ian lo intentó.

—Es él…

Casi no se oía.

—¿Quién?

El nombre salió a duras penas de la boca de Ian.

—Louis…

Vega se quedó inmóvil.

—No es… lo que crees… —añadió él—. Es peor.

Le costaba respirar.

—No te acerques…

El peso de su cuerpo cedió.

—Ian.

No respondió.

Cerró los ojos. No sabía si había perdido el conocimiento. La situación le pareció dantesca.

Vega se quedó inclinada sobre él, sin moverse.

Entonces volvió a abrir los ojos.

Abrió los ojos con esfuerzo, desorientado al principio.

La vio y reaccionó.

Alzó la mano lo justo, torpemente, buscando su cara sin terminar de alcanzarla.

Vega no dudó. Se inclinó más.

El gesto fue breve. El roce de aquellos labios tan suaves y dulces le parecieron lo más honesto y maravilloso que había sentido en su vida.

Ian cerró los ojos un segundo.

Cuando los abrió, ya no quedaba nada de ese instante.

—Vega… vete.

La voz sonó más clara en ese momento.

—No.

Ian negó despacio.

—Sí.

La miró fijamente.

—Es letal.

No sonó exagerado.

—Y no te voy a meter en ello.

Vega sostuvo la mirada.

—Ya es tarde para eso.

Ian la observó un segundo más. Luego apartó la vista.

—Volveré.

Ian no respondió.

Pero tampoco la detuvo.

Vega se giró y salió sin hacer ruido.

CAPÍTULO 25



AYUDA, POR FAVOR

El móvil vibró sobre la mesilla.

Vega lo miró un segundo antes de cogerlo. Número desconocido. Descolgó y puso el manos libres.

—¿Sí?

Al otro lado hubo un breve silencio. Luego un ruido de fondo como si fuera metálico.

Laura alzó la vista desde la cama en cuanto escuchó el nombre.

Vega se tensó apenas.

—Borja.

No fue una pregunta.

—Vega, no tengo mucho tiempo. Necesito un abogado.

Directo al grano y sin ningún tipo de vacilación.

Vega no respondió. Miró al móvil como si fuera un objeto de otro mundo.

—Y dinero para la fianza. Son cincuenta mil.

Laura frunció el ceño, pendiente.

Vega soltó una risotada, sin humor.

—¿Y yo qué soy, tu banco? ¿Qué dicesss?

—No tengo a nadie más.

—Pues haberlo pensado antes. En cualquier caso no tengo ni puta idea de lo que me estás contando.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Me están acusando de intento de homicidio imprudente.

Laura miró a Vega, sorprendida.

Vega no se inmutó.

—¿Imprudente?

—No era eso lo que iba a pasar.

—Te repito que no sé de qué coño me estás hablando.

Las dos amigas chocaron los puños.

Borja tardó en responder.

—Por teléfono no puedo. Además se me acaba el tiempo. Esto se va a cortar.

—Pues entonces no hay dinero.

Laura se incorporó un poco más, atenta a la conversación

—Vega… No me hagas esto. Eres lo único que tengo. Estoy en la cárcel…

—Dime cómo has llegado hasta ahí —cortó ella—. Y luego hablamos.

—Ven a verme. Me han concedido una visita de treinta minutos. Esta tarde… Es serio. Un abogado de oficio no sirve. Lo he comprobado.

Vega no respondió al instante.

Miró a Laura.

Laura se encogió de hombros. Luego puso el pulgar hacia arriba.

—Si voy —dijo Vega al teléfono— es porque quiero respuestas. No porque me des pena.

—Lo sé.

Vega colgó.

Se quedó un segundo con el móvil en la mano.

Vega dejó el teléfono sobre la mesa.

—Quiere un abogado. Y cincuenta mil euros para la fianza.

Laura soltó aire.

—Claro. Y un autobús de dos pisos.

Vega negó despacio.

—Dice que no fue lo que parecía.

Laura la miró fijamente.

—¿Y qué coño fue entonces?

Vega se encogió apenas de hombros.

—Eso es lo que no ha querido decir por teléfono.

—Entonces, vamos.

Vega la miró un segundo.

Y ahí cambió algo.

—A lo mejor tenemos suerte —dijo— y entendemos de una puta vez qué coño está pasando.

—Ya era hora.

Vega se puso las deportivas y cogió el bolso. Laura hizo lo mismo.

—Vamos.

CAPÍTULO 26



CONFESIONES A MEDIAS

Laura se tuvo que quedar fuera. Cuando entró Vega al locutorio, el olor a lejía corrompida le provocó náuseas. Tenía que calmarse como fuera.

La mampara separaba dos mundos igual de desagradables, pero no igual de libres. Vega se sentó con el auricular en la mano y esperó a que Borja apareciera al otro lado. Tardó unos segundos. Cuando por fin se puso frente a ella, le costó reconocer al hombre con el que había convivido tres años.

No quedaba ni rastro del tipo sobrado que se creía más listo que nadie. Tenía la cara hinchada, la piel cetrina y las uñas destrozadas de tanto mordérselas. No levantó la vista al principio. Se limitó a coger el teléfono y a respirar por la boca, como si el aire no le llegara a los pulmones.

—No tengo mucho tiempo —murmuró.

Vega no suavizó el gesto.

—Pues no lo malgastes.

Borja soltó una risa seca, breve, más parecida a un tic que a otra cosa. Miró hacia un lado antes de hablar otra vez.

—A mí me lo daban ya… preparado. Yo no tenía que… —se corrigió—. No era eso.

Vega no dijo nada.

—Tenía que parecer —añadió—. Que ya estaba hecho.

—¿El qué?

Borja levantó la vista un instante.

—Lo del puerto.

Vega sostuvo la mirada.

—Sigue.

—Yo solo tenía que moverlo —dijo—. Sacarlo de una nave y dejarlo donde tocaba, para que lo encontraran y entendieran el aviso.

—¿Qué aviso?

Borja dudó.

—Que no se juega con según quién.

Vega no apartó la mirada.

—¿Quién está detrás de toda esta mierda?

Borja bajó aún más la voz.

—No puedo... es complicado…

—Pero lo sabes.

Borja dudó. Miró a un lado, luego al otro. Al final levantó la mano libre muy despacio y, sin mirarla directamente, dibujó una ele torpe con el índice y el pulgar, a la altura del pecho. El gesto duró apenas un segundo.

Vega no reaccionó. Sabía quién era…

—Ya. Entiendo

Borja asintió, sin decir nada.

Se pasó la mano por la cara. Sudaba como un cerdo.

—Te mete dentro sin que te des cuenta. Te ayuda si estás hasta el cuello de deudas… Luego ya es demasiado tarde. Él decide por ti.

—Eres un hijo de puta, ¿lo sabías? Explícame más. ¿Dónde estaba? ¿Cómo?

—En una nave, cerca del puerto.

Vega esperó pacientemente.

Borja apretó el auricular contra la oreja. Tragó saliva.

—Se movía.

—Y aún así, seguiste con lo estipulado… Eres un cabrón.

No levantó la voz. Aguantó como una campeona.

Borja no respondió. Se quedó mirando la mesa, con los dedos tensos alrededor del auricular.

—Dios, Vega. Solo te tengo a ti. Estoy con el agua hasta el cuello. Solo te pido los cincuenta mil. Conozco… conozco a un abogado que es bueno. Sé que podrá sacarme de esto…

—¿Por qué él?

—No lo sé. No era por dinero. Cuando salía su nombre en las conversaciones… Le cambiaba la cara.

Vega no dijo nada.

Borja dudó un segundo más, como si aquello no tuviera importancia.

—Era raro con esas cosas…

Vega alzó apenas la barbilla.

—¿Con qué cosas?

Borja se encogió ligeramente de hombros.

—Con los detalles. Las manos… —se quedó un segundo buscando la palabra—. Se fijaba mucho en las manos.

Vega no reaccionó.

—No le gustaban descuidadas —añadió—. Decía que las manos dicen más que la cara.

Se hizo un silencio corto.

Borja negó, como quitándole importancia a aquella mierda que acababa de soltar.

—Manías… Necesito que me ayudes.

Cambió de tema sin darle margen.

—Borja, te voy a decir algo y quiero que te lo grabes a fuego: la justicia es una puta muy cara que tú ahora mismo no puedes permitirte pagar.

Se levantó y se marchó.

❁❁❁

El aire de la calle le golpeó la cara al salir y, aun así, no consiguió despejarse. Laura, que estaba apoyada contra la pared, se apartó en cuanto la vio.

—¿Y?

Vega no respondió de inmediato. Caminó unos pasos sin rumbo, como si necesitara moverse para ordenar lo que le bullía en la cabeza.

—No ha dicho nada importante —acabó soltando.

Laura frunció el ceño.

—Entonces hemos venido para nada.

Vega negó despacio.

—No.

Se pasó una mano por la frente. Tenía esa sensación incómoda de cuando algo encajaba, pero todavía no sabía dónde.

—Ha dicho una gilipollez.

—¿Qué gilipollez?

Vega se detuvo.

—Joder… las manos.

Laura no entendió.

—¿Qué pasa con las manos?

Vega la miró por fin.

—Que Louis se fija en ellas.

Laura no esperó a que se explicara.

—¿Y?

Vega apretó la mandíbula.

—Y nada… que le dan igual las caras, el dinero, todo. Se fija en las manos.

Se quedó un segundo callada, como si necesitara escucharlo en voz alta.

—Eso no es normal.

Laura se cruzó de brazos.

—Tampoco es normal todo lo demás.

Vega ya no estaba tan aturdida. Empezó a atar cabos.

—No. Pero esto… es otra cosa.

Retomó el paso, más rápido esta vez.

—No es una manía sin más. Es… —buscó la palabra—. Es lo que le importa.

Laura no la seguía del todo.

—Vale, ¿y eso en qué nos ayuda?

Vega se detuvo en seco.

Ahí fue cuando hizo *clic*. No de golpe, sino como una pieza que por fin encajaba en el hueco justo del puzle.

—Porque si eso es lo que le importa… —murmuró— no lo deja atrás. Y encaja con lo que vi en el tanatorio.

Laura la miró, empezando a entender.

—¿El qué?

Vega levantó la vista.

—Tiene más… ¡Joder!

El ruido en la calle seguía igual de insoportable, pero a Vega ya no le afectaba. Tenía esa claridad fría que aparecía cuando todo empezaba a ordenarse.

—No se ha ido lejos —dijo.

Laura entrecerró los ojos.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Vega no dudó.

—Porque no puede.

CAPÍTULO 27



LA CORAZONADA

La puerta de la habitación estaba vigilada. Laura se quedó fuera. Vega entró sin decir nada; uno de los agentes la reconoció y le abrió.

Dentro hacía demasiado frío.

Ian estaba despierto.

No parecía mejor, pero tampoco estaba perdido. Cuando la vio, la reconoció al instante. No hizo falta que dijera nada.

Vega se acercó hasta la cama.

—Necesito que me escuches, cariño.

Ian no respondió, pero no apartó la mirada.

—He estado con Borja.

Eso sí le hizo reaccionar. Apenas. Un cambio mínimo en los ojos.

Vega se inclinó lo justo para no obligarle a forzarse.

—Ha dicho una gilipollez.

Tardó tiempo en responder…

Y entonces ocurrió: no fue un gesto exagerado. Fue algo mucho más preciso: la mirada se aclaró, como si de repente todo encontrara su lugar.

—No… —murmuró.

Vega no se movió.

—Las manos… Se fija en ellas, Ian.

Ian negó muy despacio.

Le costó tragar.

—No se fija. —El aire salía de las vías respiratorias con dificultad—. Se las queda.

Vega sintió cómo encajaba todo.

—Tiene más.

Ian cerró los ojos un instante y los volvió a abrir. Ahora sí estaba ahí.

—Claro que tiene más.

Respiró hondo. Tosió…

—No puede parar.

Vega sostuvo la mirada.

—Entonces no se ha ido muy lejos.

Ian negó.

—No puede.

Se hizo un silencio breve, cargado de electricidad.

Vega bajó un poco más la voz.

—Dime dónde.

Ian tensó la mandíbula. Dudó. No mucho.

—No es un sitio cualquiera —susurró—. Tiene que poder entrar y salir sin levantar sospechas.

Vega no apartó la vista.

Ian hizo un esfuerzo más.

—Arriba… todo normal —susurró, refiriéndose a la vida que llevaba de cara a la sociedad.

Tragó saliva.

—Abajo… no.

Vega lo entendió. Pero supo que eso ya no bastaba.

Ian también.

Giró apenas la cabeza hacia la puerta.

—Llama.

Vega no dudó. Salió un segundo al pasillo.

—Quiere declarar.

Uno de los agentes la miró, sorprendido.

—Ahora.

El agente dudó lo justo. Luego hizo una llamada.

El inspector llegó poco después.

Entró sin perder tiempo y miró directamente a Ian.

—Me dicen que quiere declarar.

Ian sostuvo la mirada.

Ya no estaba disperso.

—Sí.

El inspector se acercó un paso.

—Puede hacerlo más adelante. No es necesario que sea ahora mismo.

Ian negó despacio.

—Si esperan, no van a encontrar nada.

Eso cambió el tono.

—Explíquese.

Ian respiró hondo, midiendo cada palabra.

—No son los que han detenido los que me hicieron esto…

El inspector no interrumpió.

—Ellos solo ejecutan ciertas órdenes.

Tragó saliva.

—El que manda sigue fuera.

—Dime el nombre

Ian no dudó.

—*Louis Martin*.

El inspector no reaccionó de inmediato.

—¿Dónde está?

Ian lo miró de frente.

—No se ha ido.

El inspector frunció el ceño.

—Eso no es una respuesta.

—No puede irse —dijo Ian—. No trabaja en cualquier sitio.

Respiró con dificultad.

—Necesita un entorno concreto. Cerrado. Controlado. Donde pueda entrar y salir sin levantar sospechas.

El inspector cruzó una mirada con uno de los agentes.

—Eso no es suficiente.

Ian negó.

—Es intocable. Todo en regla. Dinero, donaciones, lo que quieran ver.

Hizo una pausa.

—Eso es la punta del *iceberg*. Por dentro… no.

El inspector se quedó quieto un segundo.

—Entiendo…pero tiene que decirme algo más… Así no vamos a ningún sitio. Los peces gordos no se pescan tan fácilmente.

Ian no respondió directamente.

—No desaparece —dijo—. Sigue haciendo lo mismo. Su vida de lujo y reconocimiento social.

El silencio se tensó como una cuerda.

El inspector asintió muy despacio.

—Necesito que me diga algo más: propiedades, nombres de empresas, gente de su círculo de amistades.

Ian cerró los ojos un instante.

—Está cerca. No arriesga a trasladarse lejos de lo que le obsesiona.

El inspector se giró hacia los agentes.

—Quiero todo lo que tenga a su nombre. Fundaciones, empresas, inmuebles. Y planos. Especial atención a sótanos y zonas restringidas.

Volvió a mirar a Ian.

—Si esto encaja, podemos pedir orden de registro. Nos resultará un poco complicado, pero creo que podemos arreglarlo con el juez. Es un hombre íntegro.

Ian no respondió. Ya no le quedaba fuerza.

Vega dio un paso atrás.

Ahora sí.

La caza acababa de empezar.

CAPÍTULO 28



LA CUCARACHA SALE DE SU AGUJERO

La orden de entrada y registro se firmó esa misma tarde.

No fue una corazonada, sino el resultado de lo que Ian había dejado claro en la declaración: un nombre, una forma de actuar y un patrón que no encajaba con los detenidos.

El inspector solicitó toda la información disponible sobre Louis Martin. Fundaciones, empresas, propiedades. Todo aparecía en regla, sin irregularidades aparentes. Precisamente por eso llamó la atención un centro de estética de alto nivel que figuraba entre sus negocios. Tenía actividad constante, clientela seleccionada y acceso restringido a determinadas zonas.

Los planos no coincidían con la última inspección municipal.

Existía un nivel inferior ampliado que no estaba declarado.

Con esos datos, el juez autorizó la entrada.

❁❁❁

Vega no estuvo presente durante el operativo, como era natural.

Se quedó en el hospital, en el pasillo, junto a la puerta de la habitación de Ian. Laura se sentó a su lado sin decir nada. El tiempo pasó sin que ninguna de las dos mirara el reloj.

—¿Sabes algo? —preguntó Laura al cabo de un rato.

—No —respondió Vega—. Pero lo van a encontrar.

No era una suposición.

❁❁❁

La entrada en el centro se realizó sin incidentes.

El inspector se identificó en recepción y mostró la orden judicial. El personal mantuvo la compostura, aunque la tensión se reflejaba en los gestos. Varias clientas esperaban en la sala principal, con las manos cubiertas por toallas calientes, ajenas a lo que estaba ocurriendo.

Dos agentes permanecieron en la zona de acceso. El resto acompañó al inspector hacia el interior.

El pasillo del fondo no estaba destinado a los clientes. La iluminación era más tenue y no había paso, excepto para el personal.

Al final vieron una puerta que no figuraba en los planos visibles.

—Abra, por favor.

La empleada dudó unos segundos antes de introducir el código.

❁❁❁

El espacio inferior no correspondía con la actividad del local.

Todo estaba dispuesto con una precisión extrema. El mobiliario, el instrumental y la organización del lugar indicaban un uso muy distinto al que se declaraba oficialmente.

El inspector recorrió la estancia sin tocar nada.

—Empiecen a documentarlo todo —ordenó a sus agentes.

Los policías iniciaron el registro fotográfico.

❁❁❁

Louis Martin se encontraba en su despacho.

No parecía sorprendido. Alzó la vista con calma cuando los agentes entraron.

El inspector avanzó un paso.

—Louis Martin.

La identificación fue inmediata.

—Policía Nacional. No se mueva.

Dos agentes se posicionaron a ambos lados.

—Ponga las manos donde podamos verlas.

Louis los observó durante un instante. Después levantó las manos despacio, sin apartar la mirada.

—No tienen ni idea de lo que están haciendo —dijo con voz contenida.

El inspector no respondió.

—Gírese. Las manos…

Louis obedeció.

—Coloque las manos en la cabeza.

El gesto fue preciso, sin brusquedad.

Uno de los agentes se acercó para inmovilizarlo.

—Queda usted detenido como presunto autor de un delito de homicidio en grado de tentativa.

En ese momento, Louis actuó.

Louis giró lo justo para romper la distancia de seguridad. La mano bajó con una precisión imposible de prever y el arma apareció como si formara parte de él.

—¡Armaaaa! —gritó uno de los agentes.

No apuntó a nadie.

Se la llevó a la cabeza.

—¡No, no, noooo…!

El disparo cortó el aire.

El cuerpo cayó hacia atrás, pesado, sin ningún control. El golpe contra el suelo sonó seco.

—¡Asegurad el arma! ¡Llamad a los sanitarios, ya!

—¡Central, aquí Zeta-3, necesitamos una UVI móvil inmediata, herido por arma de fuego, repito, herido por arma de fuego!

Uno de los agentes apartó la pistola de una patada y otro se agachó junto al cuerpo.

—¡No lo toques, espera! —ordenó el inspector—. Haz la comprobación visual.

Pasaron un par de segundos.

—No responde.

—¿Pulso?

—Apenas.

—Iniciad maniobra RCP —ordenó el inspector.

Uno de los agentes comenzó las compresiones mientras otro hablaba con la central sin apartar la vista.

—Varón inconsciente, posible fallecido, iniciamos RCP.

El despacho, que un minuto antes estaba bajo control, se convirtió en un espacio saturado de órdenes, respiraciones contenidas y movimiento.

El inspector no intervino. Se mantuvo de pie, observando

Sabía lo que significaba aquello.

Habían llegado hasta él.

Pero ya no iba a hablar nunca más.

EPÍLOGO



El coche se caló.

—No —dijo Ian, muy serio—. Eso no te puede ocurrir más. Te examinas la semana que viene.

—Ha pasado —respondió el chico del volante—. Y ha sonado fatal.

Ian se pasó la mano por la cara y respiró hondo.

—Vale. Otra vez. Arranca y desembraga muy suave, a la vez que aceleras. Es un movimiento dulce y coordinado.

Desde el asiento de atrás, Vega resopló.

—Lo vas a traumatizar.

—Estoy enseñándole a conducir.

—Le estás enseñando a odiarte.

El chico sonrió, nervioso.

El coche arrancó de nuevo, esta vez sin tirones. Ian asintió, satisfecho, y le indicó que saliera. El tráfico de la mañana avanzaba despacio, espeso, como si nadie tuviera muy claro a dónde iba. Dio un par de indicaciones más y luego se quedó en silencio, mirando al frente con esa concentración suya que siempre escondía algo.

Vega lo notó enseguida.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Cuando dices «nada», me echo a temblar.

Ian no respondió. Miró el semáforo, esperó a que cambiara y, en cuanto se puso en verde, habló:

—Gira a la derecha.

—Pero esa no es la ruta —protestó el chico.

—A la derecha.

Obedeció. Dos calles más, le dio otra indicación… Giró a la izquierda.

Vega se inclinó hacia delante.

—¿Qué estás tramando?

Ian sonrió apenas.

Y, entonces, Vega lo vio…

El juzgado. La puerta. La gente.

Globos, una pancarta torcida y un grupo de caras conocidas esperando como si aquello fuera lo más normal del mundo.

El chico frenó en seco.

—Eh… ¿esto es parte de la clase?

Vega no respondió. Miraba a través de la ventanilla, anonadada. Luego se dirigió hacia Ian…

—No me jodas.

Ian la miró por fin.

—Aparca —le dijo al chico.

El motor se apagó y, de pronto, el ruido invadió los oídos de Vega: voces, risas, alguien llamando a Vega por su nombre. Ella abrió la puerta y se bajó sin prisa, como si necesitara comprobar que aquello era real antes de dar un paso más.

Laura fue la primera en abrazarla. Después vinieron los demás, los alumnos, el caos, las manos, las risas. Vega sonreía, pero seguía mirando por encima de los hombros, buscándolo.

Ian rodeó el coche y se quedó a un paso de ella.

—Podrías haberme avisado —dijo.

—¿Y perderme esa cara? —respondió él

Vega negó con la cabeza, pero no se apartó.

Durante un segundo, todo se calmó, como si el mundo hubiera decidido darles un poco de espacio. Se abrazaron, se besaron…

—No podría vivir sin ti, amor. Me salvaste de la maldad que había invadido mi vida.

—Ian… No digas eso. Te amo.

—¿Te casarás conmigo? Te amo con toda mi alma.

—Por supuesto. Vamos.

Y esta vez, sin correr, entraron juntos por la puerta del juzgado.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer esta locura.

Por aguantar a Vega, a Ian y todas las decisiones cuestionables que han tomado.

Si en algún momento has pensado «se va a liar parda»…

Tenías razón.

Escribir esta historia ha sido como conducir sin frenos en más de un momento. Así que «gracias por subirte a la novela».

A quienes estáis al otro lado, leyendo, recomendando, confiando en cada libro… gracias de verdad. Sin vosotras ni vosotros, todo esto se quedaría en palabras olvidadas en algún lugar escondido de la memoria.

A quienes me andan aguantando en el proceso creativo—que no es poco—, gracias por la paciencia y por no hacer demasiadas preguntas incómodas. Son horas interminables delante de un ordenador.

¡Nos vemos en la siguiente aventura!

Victorya Serrada.

MIS OTRAS NOVELAS

COMO VICTORYA SERRADA

https://www.amazon.es/stores/Victorya-Serrada/author/B074W9WJQX?ref=ap_rdr&shoppingPortalEnabled=true

Ventaja al corazón

El dilema de Dante

Amor bajo cero

Olor a Navidad

Cuando volvamos a vernos en Navidad

Manual de (des)amor en directo

Yo tuve tres maridos… O más

Fuego indómito

No es amor, es insolación

Lo que no te conté

No soy yo, eres tú

¡Yo vine aquí a hablar de mi amor!

No estabas en mis planes

Ven a casa por Navidad

No me vengas con esas

Te concedo tres deseos

Eso díselo a tu ex

Todo menos mi corazón

Entre pétalos y sueños

Te odio con todos mis gigas

COMO MARIE XIMENA

Como perfume derramado

La papisa

¡Divino!

¿Me recuerdas?

Sirena, cuento de Navidad

Mariela, mi amor

Soy lo prohibido

La sartén por el mango

MIS REDES SOCIALES

Facebook

https://www.facebook.com/ximena.dupuisfontenebleau?locale=es_ES

Instagram

https://www.instagram.com/victorya_serrada_autora/

TikTok

tiktok.com/@victoryaserrada_autora

---

[1] Trailer donde se reúne la escudería como base de operaciones, cocina y área de descanso.